

Sócrates

Trenza de errores

Siglo V a.C.

”Dios no suele querer.

Dios ni entra ni sale

en lo que hacemos

los hombres:

nos contempla

con un infinito

desprecio,

con una infinita

piEDAD,

también con

una infinita pesadumbre.”

Camilo José Cela.

San Camilo 1936 (1969)

El siglo cinco antes de Cristo resultó traumático en Atenas y en el resto de la Hélade.

Se sucedieron graves y continuos cambios que afectaron a las personas en su más íntima dimensión.

Los atenienses, en especial, observaron horrorizados que las mutaciones en el conjunto de la sociedad horadaron como cuchillos sus carnes y sus almas, transformándolas en colgajos informes, que, tras unos meses expuestos al sol y a las perturbaciones del tiempo cronológico, espíritu inconstante de los dioses, tornarónse putrefactos.

Su intimidad, sus pensamientos más propios y hondos, viéronse traspasados por los acontecimientos terribles que se sucedían no sólo en lugares como Jonia o Persia, tan alejados de sus hogares que, para muchos, tratábase de tierras legendarias o inexistentes, sino, sobre todo, en la propia Atenas, que había sido amenazada por Esparta y se recogió aterrorizada en sí misma, babeante de miedo y de angustia, al igual que un caracol sin concha herido, reptando en busca de una guarida, resignado a la agonía primero y a la muerte después.

Si aquellos sitios de los que se hablaba vagamente en el *ágora* por ciudadanos en ocasiones petulantes que ni siquiera parecían poseer realmente conocimiento de esas colonias y reinos, resultaban exóticos y tan remotos como los planetas, no ocurría lo mismo con Lacedemonia o Esparta.

Los espartanos eran temidos por su ferocidad.

Y la barbarie a que se referían los atenienses estaba relacionada con una actitud muy rigurosa ante la vida, inclinada a la crueldad y a la violencia.

Idólatras de la fuerza, dispuestos a envilecerse ante la autoridad heredada por la buena cuna, incapaces de evolucionar y anclados en una agricultura anacrónica y estéril, los lacedemonios escondían bajo sus conversaciones y gesticulaciones vociferantes una perspectiva torcida, dirigida hacia el pasado de conquista militar, por el que habían subyugado a otras *polis* griegas de ánimo más complejo y menos primario.

Su futuro no era otra cosa que el tiempo pretérito, cuyo vórtice se encontraba en la punta de la espada.

Contábase en el *ágora* ateniense que las muchachas espartanas eran violadas por sus propios padres antes de ser entregadas como sacerdotisas de templos erigidos en honor de extrañas divinidades provenientes de los desiertos situados más allá del mar, entre ellos Anubis

Los espartanos, adorando a ese dios maligno, si bien a veces con otras denominaciones y nombres, creían tener asegurada una reencarnación placentera, toda vez que regía la muerte y dominaba a los muertos, otorgándoles gracias o castigos arbitrariamente una vez traspasada la frontera de la vida.

Esa era quizás la razón por la que los lacedemonios gustaban tanto de la guerra.

No temían perecer en ella.

Pero no siempre fue así en Esparta.

Ni siquiera cuando los dorios la fundaron cinco siglos antes huyendo como perros de la esclavitud a la que egipcios y nómadas los habían sometido.

Uno de sus prohombres fue Quilón, quien organizó el Estado.

Y uno de sus principales poetas fue Terpanδρο, quien acuñó el lema de la ciudad: “la Fuerza, para la belleza. La Justicia, para el equilibrio. Y las Musas para conseguir la armonía general”.

Pero, en breve, de la histórica divisa sólo quedó vigente una sola de esas palabras divinas:

“Fuerza”.

Licurgo fundó antes de eso la primera república, que reguló mediante el derecho las relaciones sociales.

Su primera medida fue desposeer de sus privilegios a la aristocracia y a la oligarquía, aunque al igual que sólo permaneció en la realidad de los días la vigencia de la dureza, las clases altas recuperaron sus prerrogativas poco después.

Los lacedemonios no aprendieron, incomprensiblemente, del sufrimiento de sus antepasados.

Y el nuevo Estado se sostenía en el dolor y en el trabajo cánido de los ilotas, esclavos dedicados a las más penosas labores agrícolas y domésticas, mientras los ciudadanos se consagraban a la vida militar.

Esta consagración fue posteriormente intensificada por la participación del rey Menelao en la guerra de Troya, humillado por Paris, príncipe troyano, que huyó de su casa, donde había sido huésped, con Helena, su esposa, afrentándolo gravemente, a él, y a todos los espartanos, a todos los griegos y aún a todos los dioses.

El miedo a Esparta acabó con la era dorada de Pericles.

Este había logrado transmitir a la *polis* ateniense un espíritu liberal y amable, devoto de las artes, aficionado a los rapsodas.

Y había henchido de un elegante comedimiento las relaciones entre hombres y mujeres, entre familias y clanes, entre aristocracia y plebeyos, y entre administradores y guerreros.

Pericles consideró canonizado el derecho de los hombres a su propia individualidad.

Y entendió como un orgullo para el Estado el respetarla.

Consiguió que los hombres públicos, jueces, soldados, recaudadores de impuestos y administradores entendieran que se debían a la gente, manifestación carnal de la patria, aún más que la gloria del Partenón o que las victorias militares o las adquisiciones comerciales, y que cualquier agricultor, aun sucio e iletrado, era sacro, parte orgánica de la nación.

Su respeto era el respeto a Atenas.

Fue en su juventud discípulo de los filósofos Zenón de Elea y Anaxágoras.

El primero le enseñó, con su ejemplo de la tortuga más veloz que Aquiles, “el de los pies ligeros”, a desdeñar cualquier acto pasado en el tiempo, por necesariamente anacrónico e

indemostrable, y a tener una rocosa confianza en sí mismo, aún en los errores, pues la paradoja, según el eleático, implicaba necesariamente un universo de posibilidades indeterminadas que era necesario tener en cuenta.

Desde entonces, Pericles supo que la razón era superior a la experiencia sensible.

Anaxágoras le insistió en que la esencia de las cosas, la realidad de la realidad, no era visible con los ojos ni con ningún otro sentido, por lo que podía encontrarse tan bien o tan mal en el lugar más indigno o en el más enaltecido, a los que habría que acudir indistinta y necesariamente con la inteligencia, o, más bien, con el pensamiento del pensamiento, con el pensar que se piensa.

También le hizo entender que, fuera de su Yo, cualquier circunstancia, ámbito o situación, era incoherente, se encontraba indispensablemente gobernada por el caos, y tan sólo una potencia mental o material del exterior –acaso él mismo–, podría conseguir que deviniera en cosmos.

Pericles, el que percibía lo bueno para él y los demás, el más prudente entre los prudentes, fue nombrado estratega de Atenas en el año 467 a.C. y gobernador supremo de la *polis* cuatro años después.

Embellació la ciudad y construyó la Acrópolis, aunque dudó en dejarla en ruinas para demostrar a los jóvenes y a las generaciones posteriores la rudeza destructora de los medos.

Era el padre de los atenienses.

Y así se sentía él.

Y así le consideraban todos.

Pero hasta él mismo era observado últimamente muy preocupado cuando paseaba por los jardines de su palacio, cerca del monte Athos, y tanto que ni siquiera prestaba atención al delicado conjunto de adelfas que había logrado reunir y plantar con sus propias manos.

Si Pericles, célebre por su imperturbabilidad y fuerza de ánimo, se mostraba reservado y abstraído, era oportuno que los atenienses se encerraran en silencio en sus casas.

El *ágora* de Atenas, con ese permanente desasosiego del hasta entonces impertérrito estratega, se fue poco a poco vaciando de ciudadanos, que ni siquiera asistían ya a los procesos por impiedad que solían acabar con condenas al ostracismo, uno de los espectáculos públicos más amenos de la ciudad, y en el que, fatalmente, se precipitó al final de su vida el propio Anaxágoras, sin que Pericles, entonces un simple oficial del ejército, pudiera hacer nada para mitigar la afrenta.

Poco a poco el miedo a los espartanos se hizo mayor que el que sentían algunos por los persas, los bárbaros del este que ansiaban dominar la Hélade desde hacía siglos y que esporádicamente atacaban e invadían los territorios griegos.

A diferencia de otros enemigos, como los piratas, ilirios o cartagineses, que tras saquear, violar y matar, se retiraban de las colonias costeras, los persas mostraban un raro empecinamiento a establecer sátrapas que gobernarán a los despojados colonos con un apetito descomunal, no sólo en cuanto al tiempo, furibundo, que pretendían permanecer allí sino en cuanto al número de bienes y de esclavos que pudieran arrebatarse.

Pero las noticias que llegaban de Esparta eran en verdad cada vez más preocupantes.

Arquídamo, un jefe mercenario de origen extranjero al servicio de una familia de la aristocracia, había logrado, tras una serie de encuentros oscuros con administradores y funcionarios, jueces y militares -en la que había amenazado tanto como prometido riquezas y honores-, destronar a Euterpente, un soberano más bien dubitativo y propenso, con excesiva piedad, a Osiris.

El golpe de Estado de Arquídamo había supuesto la caída sobre Esparta de un manto invisible de temor, pero también de fuerza, pues era sabido que los espartanos combatían el miedo procurando aumentar íntimamente su temeridad y su desafección a las cosas, al mundo y a la vida propia.

Arquídamo, entendiéndolo que la magnanimidad podría ser concebida, no como debilidad, sino como una presentación de poder, prometió a los *demos* que no mataría a Euterpente, sino que simplemente le exiliaría a la corte de Nicocreonte, el rey chipriota que ordenó asesinar con barras de hierro a Anaxarco en la propia sala del trono, ante centenares de personas que habían acudido a un diálogo entre el soberano y el filósofo acerca de la creación del universo, y tan sólo porque, de pronto, se encontró sin respuesta que dar a una cuestión dulcemente planteada por el sofista.

Este murió sobre todo estupefacto ante la brutalidad del hombre, mientras era golpeado con los hierros.

Y, según dijeron los testigos, antes de expirar, roto su rostro y su cuerpo, tendido sobre la sala de mármol azul, aseguró, en un susurro, que resultaba finalmente mejor perecer antes que continuar pisando la misma tierra y respirando el mismo aire que un ser humano capaz de semejante ferocidad, pues entre él -el agonizante Anaxarco- y el irritado Nicocreonte, no podía haber nada en común, excepto las formas biológicas.

Pero Arquídamo, el espartano, tres días después de encerrar a Euterpente en sus habitaciones, mandó prender fuego al ala del palacio que las contenía.

Y el antiguo rey sucumbió abrasado.

Su cadáver desfigurado y ennegrecido como una ascua fría de madera fue visto por algunos.

Y el miedo penetró en secreto aún más en el corazón ya turbio de numerosos espartanos.

Un miedo recóndito que se convirtió en sólo un día en pavor, cuando los generales y consejeros más cercanos al rey carbonizado, así como sus esposas y sus hijos, fueron en poco más de doce horas degollados, en sus lechos, en tabernas, en calles y callejones, en jardines y palacios e incluso en alta mar, por los carniceros de Arquídamo, esta horda de macedonios, tracios y aqueos.

Pero si el dios Pan se apoderó de las vísceras de los espartanos, no lo hizo de su determinación.

El temor les llamaba al coraje, a desear ardientemente una batalla, una guerra, un combate, con el que contrastar su naturaleza, la forjada en el yunque lacedemonio.

-Quiero tomar Atenas como si fuera una manzana madura. Quiero hacer construir una estatua de mí mismo en la Acrópolis. Quiero hacerme coronar emperador de la Hélade por la Liga Délica. Quiero atacar a los persas en la gran meseta. Quiero quemar Persépolis. Quiero devorar asado al pavo real medo. Quiero crucificar a las hijas de Jerjes ante sus ojos.

Así había dicho Arquídamo a una de sus esclavas en el lecho dos noches después de haber causado la muerte de Euterpente.

La ilota no tardó en repetir la frase a los espías de la aristocracia

Mas la nobleza lacedemonia no poseía un criterio general sobre el bruto con corona y se encontraba atemorizada, al igual que los demás ciudadanos, por las altas

posibilidades de que algunos de sus miembros más connotados fueran víctimas por capricho del déspota de los audaces y temibles legionarios que había conseguido reunir.

De esta forma, mediante la maldición soslayada y el terror expreso, el rudo preparó el avance sobre Atenas, una *polis* que había admirado de adolescente y que le había hecho sentirse feo, maleducado e ignorante.

Era el comienzo de la Guerra de Arquídamo, la primera de las tres del Peloponeso. Pericles no era partidario de atacar a Persia, sino de tolerar su presencia y de respetar su área de influencia, siempre y cuando, por supuesto, sus indisciplinados ejércitos no irritasen en exceso a los recaudadores de impuestos atenienses con matanzas sobradas e innecesarias o con demasiadas depredaciones en las colonias y en las ciudades helenas próximas a las costas e islas, por otra parte difíciles de defender.

Además, temía íntimamente a los generales persas, no por sus conocimientos técnicos ni por su valor, sino por su inexplicable e intensa obstinación, pues conocía que habían aumentado sus tropas y que se dedicaban continuamente al entrenamiento militar, ya que abrigaban el deseo de invadir los territorios del noreste, habitados por los pastún, quienes, aseguraban, poseían grandes tesoros enterrados bajo las arenas del desierto, arrebatados a los drávidas del Indo.

Pericles temía a los medos, cierto es, pero también les despreciaba, porque estaba seguro de que sólo atacarían la Hélade cuando estuvieran firmes de que por cada soldado aqueo habría para enfrentarle diez persas en el campo de batalla.

Mejor, pensaba, dirigirse al oeste mediterráneo, e intentar imponerse en el comercio con Malta y Sicilia, donde era perentorio fundar colonias.

Además, pretendía construir un gran puente entre El Pireo y Atenas, aunque no sabía de dónde sacar dinero para semejante construcción, la más grande de su reinado tras el Partenón.

Por todo ello se encontraba meditabundo, sobre todo con respecto a la ambición montruosa de Arquídamo, al que ya conocía desde tiempo atrás.

El soberano espartano avanzó al frente de un gran ejército comandado por una decena de generales sobre Atenas al despuntar el alba de la primera jornada de la estación primaveral del año 431 a.C.

En tan sólo doce días las tropas alcanzaron la *polis*, pese a que Pericles pretendió detenerlas en dos ocasiones, siendo sus fuerzas aniquiladas por la vanguardia lacedemonia, que apenas detuvo su marcha.

Arquídamo, una vez expedito el camino, se instaló en las inmediaciones de la ciudad, pero no quiso detener el poderoso ritmo que había logrado proyectar sobre sus soldados, furibundos y aterrorizados al tiempo por el exceso de inclemencia de los oficiales de más alto rango, adoctrinados por Arquídamo en persona.

Lanzó dos batallones de caballería sobre las murallas y la infantería aquea desplegada debajo, tras una línea de obstáculos de hierro y de madera, pero añadió entre medias otras dos columnas de hoplitas, cada una de ellas dotadas de una falange y de armamento pesado.

Al primer embate los atenienses fueron exterminados y las falanges espartanas, siempre efectivas, arrojaron de inmediato los ganchos sobre las murallas dispuestas a escalarlas pese a la lluvia de dardos y de aceite hirviendo proveniente desde lo alto, en una maniobra repleta de coraje individual.

Pericles, alarmado por la decisión y el odio gélido de los infantes lacedemonios y por la admiración, paralizante y peligrosa, que ante ella demostraban sus tropas, que retrocedían abrumadas, montó en su caballo y, seguido por su guardia, hizo abrir la puerta oeste, con gran riesgo y audacia, cayendo sobre la vanguardia espartana por la izquierda.

La maniobra no sólo hizo desistir a los agresores sino que aumentó la moral de los aqueos.

Persiguieron Pericles y sus caballeros, por la explanada, a los fugitivos y les dieron muerte antes de que alcanzara un tercer batallón de caballería espartana enviado como auxilio al primero de los infantes que retrocedía.

Los jinetes fueron casi todos despedazados por el grueso de las tropas aqueas en su salida masiva y desordenada de la ciudad, al negarse a huir.

Este valor irracional por el que los soldados espartanos preferían perecer antes que esconderse fue fatal para Arquídamo, que podría haber recuperado una buena parte de las fuerzas para contraatacar posteriormente.

El deseo de encontrarse cara a cara con Anubis, por tanto, les fue otorgado por el gran demiurgo a los caballeros lacedemonios ese día fastuoso.

Pericles, pese al consejo de sus generales, alguno de los cuales había tenido tiempo de montar junto a él, decidió continuar la ofensiva y dirigirse sobre el grueso de las fuerzas de Arquidamo.

Este optó por retirarse.

Y lo hizo durante casi dos meses.

Elegió Esfacteria, una villa dotada con numerosos desniveles y accidentes geográficos, para atrincherarse y esperar a los atenienses.

Fue un error.

Pericles había resuelto matar al reyezuelo espartano en el trance y pudo hacerse seguir en su decisión por un ejército ateniense desorganizado pero eufórico de sangre tras la matanza de la caballería enemiga y la huida humillante de parte de los falangistas.

Desafortunadamente para los atenienses, los persas, enterados del avance de Esparta sobre Atenas, resolvieron con astucia, mas con precipitación y ansiedad, desembarcar en las costas jónicas y dirigirse hacia la primera de las *polis*, convencidos de que se encontraría sin defensas, pero también, en simultáneo, hacia Atenas, a la que asimismo entendieron desguarnecida.

Pericles dudó dolorosamente en dividir a su ejército, con lo que las posibilidades de ser derrotado en ambos frentes aumentaron el doble.

La situación exigía una maniobra rápida y agresiva que, fuera como fuese, interesara a las dos fuerzas enemigas, persas y espartanos.

Y optó por desviarse de la ruta a Esfacteria para dirigirse sobre la isla de Melos, cuyo soberano, aún neutral, mostraba una irritante afición por Esparta, y de hecho se encontraba auxiliando a Arquidamo en su refugio de Esfacteria mediante el envío de alimentos e incluso de armas.

El plan del estratega ateniense consistía en caer sobre los persas en las playas y embarcarse rápidamente, tras derrotarlos, hacia Melos, para, desde ahí, atacar a los espartanos por detrás de su línea defensiva.

La embestida contra los medos fue muy fácil.

Los encontró en pleno desembarco de logística, con el grueso de las fuerzas ya tierra adentro.

Pericles observó que la estulticia de Persia continuaba tan orgullosa y predominante entre sus generales como siempre.

El “rey de reyes”, con su tradicional tendencia a convertir lo eventual en definitivo, había ordenado que las tropas acudieran hacia lo imprevisible con todo el armamento pesado e incluso los carros, en una opción que revelaba su ambición escasamente controlable en relación a la ocupación definitiva de la Hélade entera.

Y convirtió a su ejército en un desproporcionado armatoste lento y pesado, como si se tratara de un elefante anciano.

Pericles liquidó en dos días a los persas y se embarcó seguidamente hacia Melos.

No tenía intención de arrasar la *polis* y ni siquiera contaba con un ejército en condiciones.

Antes bien, deseaba su amistad y sobre todo su comercio y, más en concreto, la producción de artesanía, una de las mejores, sino la mejor, del Mediterráneo oriental.

Al llegar a las murallas de la ciudad desplegó amenazadoramente a sus tropas

Pero pidió un parlamento con Ancreo, el monarca.

Este acudió con rapidez y dignidad a la tienda real.

-Ancreo, querido amigo, los hados han oscurecido sus ojos sobre tu patria. Lo siento. Sé que avituallas al infame Arquidamo y que siempre has pretendido, y conseguido, la amistad de Esparta, de forma indigna en ocasiones. Sé también que no eres una meretriz, sino un hombre, pese al placer que sientes cuando los reyes lacedemonios te acarician el lomo, aun con desprecio. Te insto pues a que rindas tu plaza. Vuestras vidas y bienes serán respetados. Sólo deseo utilizarla.

-Pericles, el divino, mi admiración por ti y tu ciudad es muy grande. Pero, señor, aún más lo es mi miedo por Esparta y por sus gobernantes bárbaros, sobre todo este Arquidamo, del que sabemos que bebe sangre, devora recién nacidos y se refocila con cadáveres de mujeres. Considéranos, por una vez, gran Pericles, héroe de héroes. Sólo somos artesanos y comerciantes. No procuramos el mal ni a unos ni a otros y únicamente nos interesa el placer del trabajo bien hecho, acaso uno de los más excelsos del orbe, como sin duda sabes. Si te permito entrar, los lacedemonios destruirán luego mi casa y asesinarán a hombres, mujeres y niños. Regresa, pues, por donde has venido y mantengamos nuestros vínculos de amistad por los siglos de los siglos, grandioso imperturbable.

-Son tiempos difíciles, Ancreo.

-¿Y cuándo no lo han sido, oh Pericles, el justo?

-Nunca antes un Arquidamo nos había amenazado.

-¿Es entonces Arquidamo un enviado del Hades dispuesto a trastornar el universo por haber ofendido los humanos los dioses o tan sólo un hombre con apetitos?

-Veo que no pierdes tu tiempo en adorar a Dionisos y que conoces bien a Arquidamo ...

-¿Acaso tú sí malgastas tu tiempo con recitaciones al cielo?

- ... Y veo también que puedes ser un gran impertinente, aún sin un ejército que respalde tus desplantes ante mí, Ancreo.

-Pericles, el glorioso, sabes, como yo, y como cualquier hombre, que todo es posible, incluso cosas que creemos inexistentes por invisibles e inmateriales.

-Los más fuertes determinan lo posible y los débiles lo aceptan, Ancreo. No lo olvides.

-Majestad ateniense, permíteme ser, yo mismo y todos los melios, amigos en lugar de enemigos de Atenas y de Esparta, sin ser aliados de ninguna de los dos. ¿Las estrellas brillan por algún motivo que no sea otro que el que impusieron los dioses? Tan sólo refulgen, pues esa es su naturaleza. Y la de los melios no es otra que la amistad con todos y no la enemistad con uno u otro. Déjanos ser, te ruego otra vez, príncipe de la virilidad.

-Eso es imposible, rey de Melos. La muerte espera ansiosa en Esfacteria. O a Arquidamo o a mí. Pero puede brotar como una rosa silvestre en tu propio vergel. Entrega la ciudad de una vez y parte con tu esposa e hijos. Te avisaré cuándo retornar.

-Pericles, lo que es imposible es que yo te entregue mi espíritu. Y Melos, con sus casas, palacios y jardines, es mi espíritu expresado materialmente. ¿Es posible que no puedes entenderlo, padre de Atenas?

-Ancreo, la fuerza no necesita razones. Y recuerda que los hombres ilustres tienen por tumba la tierra entera. Sea, pues. Regresa en paz a las murallas. Y prepárate para morir esta misma noche.

Pericles devastó Melos en tres días y Ancreo murió en las primeras sombras de la jornada en que se negó a obedecer al ateniense, quien respetó la vida de la reina melia y de sus hijos, contraviniendo una costumbre antigua griega que exigía la muerte de la familia de un monarca enemigo.

Inmediatamente, tras el saqueo de la *polis* y posterior incendio, se embarcó de nuevo.

La partida estaba prácticamente ganada, siempre y cuando el bruto lacedemonio no hubiera previsto el movimiento.

Arquidemo miraba hacia delante cuando un fragor de hierro sonó a sus espaldas en Esfacteria.

No pudo darse vuelta convenientemente, con sus tropas dispuestas en los accidentes, quebradas, colinas, riberas, montes y cañadas, y de tal modo que sólo podían resultar operativas si el enemigo avanzaba en la dirección prevista.

Pero lo hizo en la opuesta.

Aplastaron los atenienses muy rápido la débil línea defensiva del feroz espartano, que, finalmente, sin sus mercenarios, huidos al observar el cariz del combate que se avecinaba, se rindió con ignominia al ser de pronto rodeado por un grupo de infantes aqueos que dudaban en matarle o en tomarlo vivo.

Avisado Pericles, se llegó hasta donde el espartano estaba, aún con la armadura y el yelmo, negro, brillante y emplumado, aunque sin espada ni escudo, y tras bajar del caballo, en silencio, avanzó hacia él y, sin más, le cortó la garganta, con el bruto resignado al furor de su enemigo.

El más prudente entre los prudentes regresó victorioso a Atenas pero observó, en los tiempos siguientes, que el espíritu antiguo de la ciudad había desaparecido y en su lugar incubaba otro radicalmente distinto: ruin, hipócrita, amoral y escéptico.

Cuatro años más tarde de su gran triunfo en Esfacteria y Melos, falleció, melancólico y solitario, aturdido por la peste, con su cuerpo repleto de llagas y de burbujas dérmicas negras.

Esparta debió someterse a un tratado de paz indigno y abusivo.

Mas los espartanos ordenaron con habilidad y premura sus asuntos en el pudor de su propia casa.

Para ello recuperaron al Consejo de Ancianos, una entidad política caída en el descrédito en los últimos cincuenta años que reapareció ante los aristócratas con un centelleo nuevo y sereno.

Los jóvenes príncipes lacedemonios ansiaban venganza de la derrota pero su cólera un tanto ridícula no se dirigía contra Pericles, al que en el fondo temían, ni tampoco contra los atenienses, sino que fluía incontenible hacia los nobles espartanos más débiles, aquellos que habían primero claudicado ante el juego perverso, pero equilibrado, de amenazas y promesas de Arquídamo.

Estos *aristos*, aún de carácter débil, habían previsto con inteligencia una reacción de similar naturaleza y se habían preparado para contrarrestarla de simple y efectiva manera: contrataron a los mercenarios macedonios y tracios supervivientes de la batalla de Esfacteria y, resueltamente, se reunieron, junto a otras tropas regulares

disidentes, en un *demo* fortificado amenazando o bien con la guerra civil o bien con la secesión o bien con las dos cosas.

Sus alocados enemigos, tras arrojarse ceniza sobre la cabeza, desearon en un principio arrasarlos y quemarlos a todos, junto a sus esposas, hijos, esclavos, animales y propiedades, así como a todos sus descendientes durante dos generaciones.

Pero pasado el anhelo volcánico de las primeras horas, tuvieron la sensatez de intentar un parlamento y de negociar, por lo que, ambos bandos, en breve tiempo, establecieron someterse al arbitrio de los Ancianos, hombres desafectos en su sabiduría de honores, placeres, riquezas y de cualquier otra cosa que no fuera una vejez dulce a la sombra de una higuera, si los dioses, en su benevolencia, así lo permitían.

Y los propectos despacharon el asunto con diligencia y criterio.

Nombraron una tríada de gobernantes compuesta por un representante de cada sector, mientras que el tercero los representaba a ellos.

Pero como los desencuentros y amenazas entre dos de ellos eran constantes, resultó que el que realmente gobernaba era el delegado de los Ancianos y, por tanto, el propio Consejo senil, que se encontró con el poder efectivo de la *polis* en sus manos.

Sólo hubo que ajustar algunos detalles internos para que el nuevo cuerpo de gobierno presentara un discernimiento uniforme en todos y cada uno de los asuntos de Estado.

Pronto se hizo evidente que la derrota de Esfactoria exigía una respuesta.

El honor de Esparta había sido mancillado y el afán de venganza contra los atenienses, pasados unos años de confusión y culpa, tomó paulatinamente cuerpo y alma entre la sociedad lacedemonia.

Y en eso la tríada gobernante estuvo de acuerdo.

Los Ancianos observaron que el deseo de reparación era ya excesivo entre los espartanos como para hacer otra cosa que plegarse a él y permitir su aumento, hasta que pronto se desbordó, tornándose obsesivo, gigantesco, palpable en cada recoveco de la ciudad, en cada burdel, en cada casa, en cada hombre, en cada mujer y en cada niño.

Nombróse un nuevo estado mayor en el ejército que, tras el análisis militar e histórico de lo sucedido en la primera de las guerras, concluyó en que la campaña de Arquídamo estuvo bien estructurada en líneas generales; que los atenienses se habían mostrado cobardes e ineptos como soldados en casi todos los planos; y que tan sólo la dimensión humana y divina de Pericles había logrado revertir un sino desde todo punto de vista funesto para Atenas.

Y Pericles había ya muerto.

Atenas se encontraba huérfana.

Atenas se encontraba desvalida.

Atenas, la bella, se encontraba desnuda, voluptuosa y tirada en el suelo, a merced de cualquiera que la quisiera tomar.

Sólo bastaba alargar la mano para acariciar sin oposición sus pubendas partes.

El nuevo ejército espartano carecía de novedades reseñables con respecto al primero que había participado en el asedio de la *polis* ática, aunque el miedo recóndito de las tropas había desaparecido y en su lugar se había consolidado el deseo granítico de revancha.

El odio se mantenía intacto.

La disciplina también.

Fue nombrado generalísimo Protosos, un hombre curtido en las campañas persas y macedonias, descendiente directo de uno de los lugartenientes de Quilón, según él mismo repetía una y otra vez.

Y el brillo homicida de sus ojos mataba las apetencias de contradecirle a cualquiera de sus eventuales interlocutores.

Protosos estaba ávido por entrar en combate.

A él le tenían sin cuidado los tratados militares y los consejos de otros oficiales.

Tenía muy claro que la victoria dependía básicamente de tres cosas: número de efectivos, que debía ser necesariamente mayor que el del enemigo; velocidad articulada en sus desplazamientos; y movilización secreta, para caer imprevistamente sobre los hostiles que, por supuesto, debían ser destruidos en su mayor parte en el primer golpe.

Atenas, mientras tanto, se encontraba perpleja.

Por dos cosas:

Una, la desaparición de Pericles, que había generado un dolor inconcebible entre todos los ciudadanos, quienes se sentían perdidos y confundidos.

Dos, la incapacidad para reaccionar.

Resultaba asombroso que no pudieran los atenienses determinar con precisión el rumbo del Estado y que no pudieran elegir, siquiera, a un hombre justo para el gobierno.

Y ese asombro gigantesco los estrujaba, subyugándolos, contra el suelo.

Era tanta la estupefacción que padecían que se admiraban ante su propia perplejidad, preguntándose como era posible que aquello estuviera sucediendo a la ciudad más culta del universo.

Había, claro, distintos candidatos a la poltrona, pero se trataba de vulgares demagogos, oligarcas y tiranos, todos ellos maculados por la avaricia, la lujuria o el ateísmo.

No se vislumbraba un varón templado por ningún lado.

¿Qué iban a hacer, entonces, ante la nueva amenaza espartana?

Y las dudas se ampliaron produciendo un lago infernal en el que los prohombres atenienses comenzaban a hundirse hasta el fondo.

El Consejo de Ancianos en Lacedemonia advirtió a Protosos que, si estaba verdaderamente decidido a atacar a Atenas, lo hiciera en ese instante, y de una vez por todas, ya que la *polis* codiciada se encontraba sumida en un cáncer de indecisión.

Protosos, obnubilado por el poder supremo, casi asesinó al mensajero de los propectos, en su arrogancia, pero hubo de reconocer la propiedad de su sugerencia, aunque dudara acerca de si era o no era una orden.

Pero al día siguiente dispuso a las tropas para marchar en dirección a Atenas a paso ligero.

Se trataba de un ejército verdaderamente grandioso, dispuesto y armado con presteza y juicio.

Caballería, infantería, carros, arqueros, falanges y diez mil ilotas como auxiliares y parapeto.

Toda esta masa humana estaba además aferrada a un rencor igualmente grandioso, que les hermanaba en el combate y en los sacrificios y en las adversidades de la marcha.

Esta fue asimismo veloz y en pocas jornadas se encontraron los espartanos a escasos kilómetros de Atenas.

Los atenienses continuaban horrorizados de sí mismos.

Varios generales, irritados por la incoherencia de las autoridades y de los políticos, habían decidido en amancebamiento enfrentar a los lacedemonios fuera de los límites de la *polis*.

Hubiera sido un suicidio, adujeron posteriormente, presentar batalla en un lugar fragmentado y confuso, sin cabeza pensante ni brazos ni piernas que obedecieran, como era Atenas en ese momento.

La circunstancia, evidentemente desgraciada, demandaba de forma imperativa un enfrentamiento en campo abierto, en el que la infantería pudiera desplazarse en círculos y en triángulos, bien hacia atrás o bien hacia delante, o a izquierda y derecha, con objeto de que, al igual que en la guerra de Arquídamo, el furor irracional de los lacedemonios les hiciera precipitarse finalmente en una trampa mortal.

La clave de la victoria, por tanto, estaría en la flexibilidad, en ataques sucesivos, constantes y alejados unos de otros, obligando a los espartanos a montar y desmontar sus líneas ofensivas y defensivas una y otra vez.

Pero no todos los militares de esa reunión en el templo de las Panateneas estaban de acuerdo.

Aquileón, comandante máximo de la caballería, por ejemplo, era partidario de lo contrario.

Es decir, de una agresión masiva focalizada en un solo punto, que debería estar muy próximo a Protosos, con la intención de que pudiera ser asesinado rápidamente por la vanguardia ateniense.

Ello sumiría al enemigo en la misma estupefacción en que, por Osiris, se encontraban los propios atenienses.

Pero no iba a ser la segunda del Peloponeso una guerra de confundidos, precisamente.

Aquileón, al observar que su propuesta no era aceptada, abandonó de forma abrupta y arrogante la reunión.

Esa misma noche reunió a sus tropas y, sin aviso, salió por la puerta este con la idea de rodear la urbe y presentar batalla a los espartanos él solo.

Y entró en combate, con la valentía tonta de un cachorro de león.

Algunos supervivientes de sus batallones refirieron luego que albergaba el plan de hacerse con el poder en Atenas tras derrotar al enemigo, arrastrado al trono del palacio de gobierno por una estela de gloria tejida delicadamente por Apolo, Ares y Zeus, en divina comunión, y en quienes confiaba ciegamente, como todos los atenienses de bien.

La división del ejército aqueo se consumó con la negativa del almirante Jasonte a facilitar naves y marinos para el traslado de tropas de infantería de refresco, según el plan del grupo de generales que había establecido la estrategia del movimiento continuo y leves agresiones constantes a las fuerzas invasoras, con la disculpa necia de que la flota se encontraba en desuso debido a la última campaña defensiva contra los persas.

Atenas, por tanto, se enfrentó desintegrada a una maquinaria militar casi perfectamente cohesionada.

Los soldados aqueos habían hecho múltiples sacrificios a los dioses y, algunos, sentíanse confortados aún cuando divisaron por fin las cabezas afeitadas de los ilotas, ululando, armados con primitivas mazas de piedra, sin armadura ni protección.

Fue un matadero.

Los atenienses golpeaban a aquellos desgraciados sin entusiasmo, hasta que el abultado número, las perpetuas oleadas de hombres desesperados arrojados a la muerte segura, los agotaron.

Fue entonces, tras el sacrificio de nueve mil, cuando Protosos, todavía sin desplomarse el último de los esclavos, ordenó el ataque de la caballería, que realizó una maniobra envolvente para atacar los flancos y dejar el centro neurálgico de las líneas atenienses a las falanges.

Estas, armadas con pértigas de gran extensión, flexibles y agudas, no tardaron en descomponer la distribución defensiva del ejército ateniense y matar a varios miles de los exhaustos, quienes ni siquiera podían sostener su propia coraza.

Aún pudieron los aqueos retirarse hasta Egospóstamos, un lugar infecto de mosquitos donde se encontraban decenas de pequeñas lagunas, charcas, pantanos y arroyos, con la esperanza de desplegarse y detener al enemigo.

Fue inútil.

Ni siquiera pudieron reagruparse.

Protosos, observando el desorden de los atenienses, lideró un gran ataque de carros, montado en el suyo, que resultó catastrófico para los enemigos.

Los vehículos, engalanados y armados con un hito vertical trufado de hojas de daga, capaz de despedazar a tres hombres al mismo tiempo, presentaban además dos arqueros y dos lanceros cada uno, por lo que se convirtieron en arma decisiva en el propio terreno elegido por los aqueos, es decir, en el de la movilidad y en la dispersión del campo de batalla.

Los atenienses, diseminados entre sí por distancias considerables y en pequeños grupos, apenas pudieron resistir el arrollador avance.

Fueron exterminados ahí mismo.

Era el 12 de junio del año 404 a.C.

Protosos penetró en Atenas poco después de que la infantería ocupara la ciudad.

Lo hizo subido al carro de comandante, opulentamente ataviado con sus enseñas personales y familiares, en plata, naranja y oro, al que encadenó los cuerpos de varios de los más distinguidos generales atenienses, entre ellos Aquileón, al que había le cortado manos y pies.

Llegó hasta la Acrópolis y descendió frente al templo de Atenea Niké.

No entró en él, sin embargo, sino que acudió caminando lentamente hasta la gran estatua de Atenea Promakhos, la diosa protectora de Atenas, que pudo hacerse con el espíritu de la ciudad tras una gran porfía con Poseidón, y la observó durante varios minutos.

Luego, ordenó con un gesto de desprecio que preparasen una gran pira con objeto de que fuera hecha cenizas.

Y se retiró al palacio de Pericles mientras preparaban el fuego para observarlo desde el lugar en el que el peor enemigo de Esparta había soñado, su propio lecho, sus propias recámaras.

Sin embargo, la súbita muerte del oficial encargado de los preparativos de la hoguera fue entendida por el victorioso espartano como una advertencia por parte de los dioses.

Y prefirió suspender la quema de la divina Atenea, provisionalmente.

Dejó la madera lista y los rastrojos apilados, así como los aceites, por si finalmente se decidía.

Tras varios días de irresolución optó finalmente por dejarla intacta y olvidarse del asunto.

Prudentemente.

El saco de la ciudad fue memorable.

Por su crueldad homicida.

Protosos no impidió un solo exceso, sino que, más bien, alentó todos.

El número de asesinatos, robos, violaciones, lapidaciones y mutilaciones resultó incontable incluso para Tucídides, el cronista puntilloso, que, consternado en su día por la ferocidad de los hechos, prefirió abandonar la pesquisa sobre los detalles.

Una sombra de luto ciclópea cayó sobre los habitantes de Atenas después de que los lacedemonios aplacaran sus gulas.

El resultado fue la atomización de la sociedad ateniense y de las familias en general, que se dividieron hostilmente entre sí generando individuos solitarios, amargados, enajenados, hipócritas y erráticos.

Se cerraron academias y se inauguraron burdeles, descuidándose la policía de la ciudad y la de los propios atenienses, que se dieron a un regalo inmovilista, la abulia y la melancolía.

Se perdió absolutamente la confianza en los valores tradicionales que habían sido impulsados por Pericles

Y apareció un ansia de placeres inmediatos.

Así como la ley del más fuerte, aplicada con vehemencia desde el primer momento no sólo por los espartanos sino por los polichinelas a su servicio, incrustados todos ellos en cargos del Estado.

Dio origen, entre los eruditos, al escepticismo como máximo valor racional, desarrollado por los sofistas, quienes, aburridos de la humanidad, prefirieron aprovecharse de ella, así como de los dioses, de los que habían abandonado toda esperanza.

Fueron veinte los grandes sutilizadores que acumularon un gran poder carismático en esos tiempos en Atenas.

Las autoridades les temían, pues eran capaces de aglutinar, aunque irregularmente, a centenas de personas descarriadas en su propia vida, y querían su desaparición, su evaporación milagrosa y definitiva en el éter.

Porque en cierta forma representaban el poso torcido de la antigua grandeza del Siglo de Oro de Pericles, y habían sido perseguidos por impiedad, aunque, a los sofistas, ese glorioso período heleno, e incluso el propio Pericles, les eran no sólo insípidos sino molestos.

Estas eran diferentes épocas.

Y tan sólo tuvieron, para convertirse en los detentores del poder psíquico y moral de la nación, que elevar a sistema de pensamiento las emociones generales existentes en la sociedad ateniense, reflejándolas en combinaciones retóricas que calaban hondo entre las gentes perplejas.

La primera, y más intensa, fue el escepticismo.

Resultó imposible en la ciudad creer en algo o en alguien.

Nada conducía a ningún lado y cualquier labor era una pérdida absurda de tiempo y recursos.

Todo presentaba ángulos ásperos, complejos, hostiles.

Entonces, ¿para qué hacer cosas?

¿Para qué hacer algo?

¿Para qué hacer nada?

La segunda fue el relativismo.

El bien y el mal no eran distinguibles.

Y estaban separados uno de otro tan sólo por la percepción de cada individuo.

Se encontraban ambos entrelazados como dos tenias apareándose.

Era difícil, y tedioso, determinar qué acto de los suyos propios, o de otros, o de la entera comunidad, era bondadoso o malvado, pues en su realización intervenían señoríos descomunales cuyo gobierno era imposible.

E infructuoso, carente de sentido.

Los atenienses se creían hojas de papel en un tornado sobrevenido espontánea e infernalmente desde el fondo de la tierra o del cielo, igual daba, y estaban dispuestos a revolotear en la habitación escueta, sucia y desordenada en que se había convertido Atenas.

La tercera fue el ateísmo o el agnosticismo.

Se convirtió en risible creer en Zeus, Afrodita, Baco, Osiris o Atenea, pues habíanse mostrado inexistentes.

Sordos, cuando menos, a los súplicas generadas por el terror de decenas de miles de atenienses píos justo en el peor momento de sus vidas y de la historia de la *polis*.

Los dioses los habían abandonado como a perros mugrientos en el umbral del Hades.

Y la mayoría de las almas de los muertos, si es que en verdad existían, sólo podían haberse embrollado en el Tártaro.

Pues si las divinidades los habían desamparado en vida, ¿por qué pensar que hubieran hecho lo contrario después de perecer?

Por otra parte, los dioses parecían demasiado humanos para confiar en ellos.

¿Acaso Zeus no era adúltero?

¿Acaso Apolo no era un mentiroso?

¿Acaso Afrodita no era lasciva?

No eran los residentes del Olimpo ciertamente mejores que los de Atenas.

Desprecio, y no adoración, debían otorgárseles a esos engreídos.

Y la cuarta fue el cosmopolitismo.

¿Qué era en realidad la patria?

Una abstracción sentimental construida desde una alteración orgánica.

Si era absurdo creer en los dioses también lo era emocionarse con el lugar de nacimiento y, aún más, presumirse mejores que otros hombres tan sólo por haber venido a este mundo en un lugar y no en otro.

El patriotismo terminó fijado como una agitación estúpida en la que se habían envanecido muchos oligarcas como infantes con un trasto nuevo que creían propio pero que se encontraba repetido milimétricamente en su construcción elemental en cada casa y familia, en toda la extensión de la tierra.

Así estaba Atenas cuando Sócrates vino al mundo en el año 469 a.C., en un *demo* cercano a la ciudad, hijo de una comadrona y de un escultor.

Su madre, Eligiana, no poseyó gran belleza ni tampoco especiales cualidades.

Hija a su vez de una pareja de agricultores mal avenidos, en perpetua bronca, había huido de su hogar poco después de cumplir los dieciocho años, espantada de sus progenitores y del engendro en que se había convertido la convivencia familiar.

Se estableció en Atenas, en uno de los barrios frecuentados por comerciantes extranjeros sin dinero, y en poco tiempo pasó hambre y carencias, aunque no osó traspasar los límites de la comuna en cuestión, pues sentía un intenso temor al resto de la *polis*, mucho mayor que la avidez que padecía por saciar el hambre.

Aún lujosa y sofisticada, Atenas era percibida por la madre de Sócrates como lugar en exceso liberal y promiscuo, embaucado de damas elegantes ante las que se sentía intimidada y de caballeros arrogantes y casquivanos interesados únicamente en saciar su lujuria y en las festividades orgiásticas, en especial las Grandes Dionisias, cuya celebración en el mes de mayo invitaba, en consonancia con la eclosión primaveral, al roce carnal.

Y si bien las Dionisias Leneas y las Antesterias eran festividades más devotas, Dionisos no dejaba de ser un dios bárbaro, pues su origen era tracio.

El culto había comenzado inmediatamente después de la caída de la ciudad ante Esparta y se había extendido con rapidez, pues a juicio de Eligiana se trataba de una deidad que se ajustó como un guante de seda a las viles emociones predominantes entre los atenienses.

Representaba esta divinidad la embriaguez, la actuación dramática y la fertilidad masculina, a las que protegía con denuedo.

¿No configuraban esas características justamente la amoralidad ruin en que se habían precipitado los atenienses tras la derrota militar?

Sí.

Con el agravante de que los cínicos teófobos habían convertido aspectos censurables de la conducta humana en otros que, siendo los mismos, eran reverenciados y adorados, como si de atributos celestiales, y no rastreramente mortales, se trataran.

Una situación que repugnaba íntima y vagamente a la joven mujer, que, un día, encontré de pronto en un callejón solitario con una mujer desgañitada de dolor, arrojada en el suelo sobre los orines de las mulas, sufriendo en pleno parto.

La madre de Sócrates no pensó en nada cuando corrió a ayudarla, presionando sobre el vientre hinchido y mortalmente níveo de la mujer desvalida, con delicadeza y energía simultáneas, hasta que el bebé asomó su cabeza, pringosa, rosada, dinámica, y sajó el cordón umbilical con una piedra angulosa que encontró allí mismo.

Desde entonces fue la comadrona del *demo*, actividad que tampoco abandonó hasta su muerte.

El padre del padre de los filósofos se llamaba Dolometer.

Desde niño había sido hábil con sus manos y la arcilla, aunque su progenitor, un soldado, desdeñaba tal cualidad.

No así su madre, carnicera, quien le alentó desde los primeros años a perseverar en la labor.

Amaba esta mujer a su hijo y alegrábase su espíritu al observar el gesto tiernamente concentrado del muchacho cuando modelaba, así como su íntima y solitaria satisfacción al terminar una pieza, cualquiera que esta fuera.

Pero Dolometer, pasado el tiempo, tornóse ambicioso.

Y deseó ser escultor.

Como Fidias.

Desdeñó la artesanía.

Y proyectó numerosas grandes obras realistas y patéticas de dioses y héroes.

Varias de ellas fueron compradas por oligarcas a no muy alto precio.

Pero su arte apenas llamó la atención en el *ágora*.

Con todo, tuvo oportunidad de frecuentar palacios y jardines de la aristocracia, y si bien al principio sintióse vanamente orgulloso de ello, pronto se dio cuenta de que no era precisamente la fraternidad o la admiración sincera lo que flotaba denso en el ambiente de algunos de aquellos, sino otra cosa, indescifrable, ininteligible, impenetrable y amenazadora.

Así que pronto rehuyó el contacto con la nobleza.

Circunstancia que le sumió aún más en el anonimato.

Dolométer no encajó bien estas experiencias.

Su sensibilidad artística, herida, se desvió hacia una suspicacia aguda que le provocó a su vez una concatenación de conflictos e incidentes de toda traza con las personas que tenía relación y en cualquier situación que el flujo anodino de la existencia le deparaba.

Convirtiéndose en poco tiempo en un hombre solitario y afecto a Dionisos, tan sólo debido a la exaltación del vino que el dios alentaba, haciéndose muy aficionado al rito enteógeno de las libaciones.

Tenía cuarenta años cuando conoció a Eligiana, diecisiete más joven que él.

Se encontraba con un aspecto deplorable:

Los ojos hundidos y al tiempo saltones, en una extraña incongruencia fisonómica, rodeados por unas ojeras negras.

En la cintura dominaba una abultada tripa de bebedor, rodeada de cintos de grasa y precariamente sostenida por dos piernas delgadas atravesadas por decenas de venas azuladas.

Pero el vínculo empático y afectuoso que casi al instante se estableció entre ambos fue indestructible.

Y también irracional.

Pues estaba basado en la desolación.

Y en la mutua reprensión.

Sócrates se destacó entre los demás niños muy rápidamente.

Existía algo especial en su rostro grave e inasequible a las risas.

Poseía labios delgados y un mentón débil.

Tenía los ojos negros y el cabello irritado permanentemente, incidencia que le confería un aspecto jocoso, inconsecuente con su mirada intensa, fija y apacible.

Apenas jugaba con los restantes infantes de la comuna.

Tenía por costumbre sentarse sobre un montículo de arena, a solas.

Y miraba a los otros chicos con la misma expresión con la que se observa a un grupo de hormigas deambular en torno al nido:

Una mezcla de indiferencia glacial y eventuales brotes de interés.

Mostró singular empeño en observar los cielos y las estrellas prácticamente a cualquier hora del día y de la noche.

Tanto, que muchas veces le dolía el cuello

Por lo que, luego, en ciertas ocasiones, no podía girar la enorme testa con naturalidad, siendo así motivo de jolgorio y de burla entre los muchachos del vecindario.

Sócrates se divertía siendo objeto de la diversión de los otros pero no en exceso.

Fue un joven de ánimo previsible.

Sus mayores censuraban en él su retraimiento, timidez, humildad ficticia y tendencia inexorable a la soledad.

Su padre se alegró en secreto de que se alistara en el ejército a la edad de veinte años.

Le preocupaba un tanto su hijo, al que consideraba apático y vagamente insolente, con esa manía irritable de sostenerle la mirada, en especial cuando le recriminaba.

Su madre también entendió que la decisión de Sócrates de convertirse en soldado era conveniente para él.

Mas sobre todo para el matrimonio, pues los ingresos de dinero eran cada vez menores, hasta el punto de que apenas podían sostener el miserable habitáculo en el que mal vivían.

Una boca menos que alimentar era una circunstancia favorable.

Sócrates se enroló en la infantería ateniense por varias razones:

La principal consistió en un afán muy íntimo e irascible por abandonar el hogar paternal.

Y la secundaria era el deseo incontrolable, desparramado, por ver el mundo, encontrarse en algún otro lugar que no fuera el de la comuna natal, de la que apenas había cruzado los límites en toda su existencia.

Él ejército había atraído desde niño.

Siempre le había gustado observar a los soldados.

Y, aunque le inquietaba la jactancia que demostraban en público, así como una cierta saña que apenas molestábanse en ocultar, apreciaba en ellos su seguridad en sí mismos, su distinción con respecto al vulgo agrícola y menesteroso y su capacidad para, repentinamente, variar de conducta ante un oficial, aún encontrándose ebrios y arrebatados por la pasión de la violencia.

Firmó un contrato de diez años con la infantería.

Fue designado portaestandarte de un batallón.

Dos días después de ingresar al cuartel de prácticas se arrepintió, horrorizado, de haberse alistado.

Y de haber entregado una década de su vida joven a la tosquedad.

Desde ese momento padeció no sólo el rigor sandio y maquinal de la vida militar, sino, sobre todo, su error personal.

Pensó en desertar

Pero una discordante sensación de responsabilidad y de justicia amorfa se lo impidió.

Los persas, una vez más, habían agredido a las colonias jonias.

El batallón de Sócrates fue enviado a la región.

Se sucedieron varios combates.

Sócrates comenzó a sentir terror por lo que estaba viendo.

Advirtió que sus compañeros dejaban de ser hombres.

Devenían en bestias, tan asustadas de sí mismas y de las demás bestias, que resultaban aberraciones del sufrimiento y de la muerte.

El asco definitivo tuvo lugar en la gran batalla de Delos.

La matanza fue de tales proporciones que Sócrates concibió el lugar como la expresión del Tártaro en la tierra.

Y concluyó en que el Hades, y el cielo, se encontraban en el interior de cada hombre.

Pero, ¿qué clase de criatura era el hombre?

¿De qué estaba compuesto, si era capaz de albergar tamañas dimensiones de maldad y de perfidia y de ansia homicida?

¿Y cómo los dioses toleraban semejante vileza, este piélagos de execración?

Sobrevivió a la pugna sangrienta délica.

Y regresó a Atenas convertido en otra persona.

Jamás volvió a confiar en otro hombre.

Aunque siempre sintió ternura infinita hacia los padecimientos de sus semejantes, irremediables en su condición de criatura viviente arrojada al mundo.

Fue en esa época cuando comenzó a exclamar, por asombro o irritación, un enunciado que jamás abandonaría:

- ¡Por el perro!

La madre observó el cambio en la naturaleza de su hijo al percibir las marcas de sufrimiento en el rostro, ajado, enjuto y consumido, y no le hizo ninguna pregunta cuando le dijo que se iba a vivir al extremo opuesto de la *polis*.

Establecido en su nuevo hogar, Sócrates no tenía otro aliciente que escudriñarse a sí mismo, para lo que pasaba días enteros sin moverse del camastro o de la habitación, palpándose el cuerpo y determinando con el pensamiento su propio pensamiento.

No tenía interés ni en la alimentación ni en el vestido, sino sólo en su psique, por lo que pronto fue tildado de loco por los vecinos.

Diose cuenta tiempo después de que era exigente, para su pesquisa sobre la humanidad, sobre él mismo, el que tuviera comunicación con otros hombres.

Así que decidió salir de su habitáculo para confrontar a las gentes, estos seres humanos que poseían en su interior un tesoro de conocimientos acerca del mundo, sin siquiera saberlo.

-¿Cómo te llamas, jardinero?

-Jeronte. ¿Qué se te ofrece?

-Jeronte, dime, ¿qué es el amor?

-Qué pregunta tan incorrecta, mendigo. Pero te la contestaré, pues estas espíreas a las que me debo en este instante ya se encuentran bien plantadas. El amor, oh pedigüño ignorante, es un dios creado por Zeus que nos salva de la necesidad.

-Contéstame a otra pregunta: ¿Es el amor, amor de algo o de nada?

-Claro, impertinente, es el amor de o por una mujer.

-¿Y la mujer acepta el amor? ¿Lo corresponde?

-Ja, ja, ja. Si pretendes el amor de una mujer harías bien inicialmente en no demostrárselo.

-Entonces, Jeronte, el jardinero, ¿desea el amor aquello que es amor o no lo desea?

-Sí. Y mucho.

-¿Es acaso al poseer lo que desea y ama cuando desea y ama o es al no poseerlo cuando surge el amor?

-Al no poseerlo, muchas veces.

-Pero ¿no es el amor en primer lugar amor de algo y en segundo lugar de aquello que está falto?

-No entiendo tu razonamiento, pordiosero. Te diré sin embargo algo de lo que estoy seguro: el amor sólo surge en relación a la belleza.

-Mas ¿puede ser el amor otra cosa que amor por la belleza y no por la fealdad?

-No soporto tus preguntas ya más, mendigo intratable. Vete de aquí o te haré conocer el dolor, producido por un golpe de mi azada. ¡Largo, viejo loco!

-¿No son acaso las preguntas, oh irascible jardinero, senderos hacia la sabiduría?

-¿Sabiduría? No sabes qué es eso. Huye cuanto antes de aquí o te abriré las carnes. No, mejor te abriré la cabeza de un estacazo para que así se te airee esa testa extraviada, Admirador de la sabiduría, a la que concibió como un anhelo humano tan primario como el alimento o la reproducción, acudió dos años después al oráculo de Delfos.

A ese mausoleo de los augurios, el más famoso y el más concurrido de toda Grecia, consultado durante siglos por todos los griegos, nobles y villanos, guerreros y monarcas, agrimensores y magistrados, oligarcas y comerciantes, pretendía preguntarle, como no podría de ser otra manera, quién era el más sabio de los hombres.

Intervenía en la consulta una sacerdotisa, Pitia, entidad psíquica colindante entre el mundo terrenal y el Olimpo, quien se embriagaba con gases tóxicos provenientes de una falla geodésica para conectar con la deidad y contestar las cuestiones planteadas por los humanos agotados por la incertidumbre, que, por cierto, eran trasladadas ante ella por unos sacerdotes muy minuciosos y protocolarios.

Pitia jamás fue vista por ojos no iniciados.

Las respuestas de la papisa apolínea sobre los asuntos que acongojaban a los helenos eran siempre herméticas, ambiguas, complejas y tan abiertas a las interpretaciones de uno u otro cariz, como cerradas a las mismas.

Pero con la pregunta que le hizo Sócrates fue clara.

-¿Quién es el más sabio de los hombres?

-El ateniense Sócrates.

Y esa respuesta conmocionó para siempre al preguntón.

Sócrates tuvo desde entonces una costumbre que tampoco abandonaría hasta su muerte:

La de acudir al *ágora* a hacer preguntas a los desconocidos, a cualquiera, con el objeto de alumbrar sus conciencias y también la suya propia.

Claro que no era en general bienvenido por las gentes que paseaban por el lugar o que se sentaban en las escalinatas de la grandiosa estatua de Afrodita a tomar beatíficamente el sol o que acudían a encontrarse con otras gentes.

La mayor parte empezaron a rehuirle en poco tiempo.

Sin embargo, a aquellas personas que le rechazaban, bien de manera irritada, irónica, amable o brutal, el filósofo les insistía, obstinado, y les seguía por un tiempo más o menos breve, enunciando cuestión tras cuestión, con voz clara, modulada y enérgica, a veces implorante.

E incluso en, numerosas ocasiones, atreviéndose a estirar de las túnicas de muchas que le huían, procurando su atención, por lo que se vio execrado públicamente, y amenazado, en numerosas de esas complicadas y en cierto modo fastidiosas situaciones.

Pero otros muchos en Atenas sentían por él una gran admiración.

Y, entre estos, una gran parte creía que se trataba de un espíritu semidivino.

Una suerte de héroe del pensamiento que, por los caprichos ininteligibles de los hados, había nacido entre ellos.

Razón por la que había que aprovecharle.

Su casa, paulatinamente, se convirtió en sitio frecuentado por admiradores y curiosos.

Pero también por otros jóvenes que, encantados por la perspicacia de su inteligencia, le rogaron convertirse en discípulos.

Uno de estos, quizás el más cercano y querido por Sócrates, fue Jenofonte, quien dijo años después sobre su maestro que “era el más feliz de los hombres”.

Jenofonte arrastró durante toda su existencia el *ágape* funesto que también incidió en su mentor finalmente.

Aficionado a las armas tanto como al pensamiento admirativo, diestro en combate, participó, por imperiosas necesidades de dinero, en la guerra civil persa motivada por la lucha por el trono entre Ciro el Joven y su hermano Artajerjes.

Los dos, hijos del rey Darío II, a su vez primogénito bastardo de Artajerjes I, nunca se habían llevado bien.

Es más:

Se odiaron desde niños.

Y sus problemas de relacionamiento se agudizaron debido a la actitud de su padre, demasiado ocupado en propagar el rumor de que era el verdadero padre de Alejandro Magno.

Darío II, un hombre de gran apostura física, vivió siempre ocupado en los placeres del cuerpo, circunstancia que no obstó para que poseyera la suficiente visión de Estado como para contraer nupcias con una princesa macedonia, hija de Filipo III, abuelo de Alejandro y padre a su vez de Filipo II, rey que pasó a la historia como el verdadero ascendiente del “conquistador del mundo”.

Sus días en la corte macedonia fueron deliciosos.

Conocedores los cortesanos de la lujuria del persa, le ofrecieron decenas de doncellas y jóvenes nobles para que la saciara, confiando en que una alianza entre el reino macedónico y el medo supondría para la Hélade una pinza de hierro mortífera.

En especial para Atenas y Esparta, que podrían verse desde luego superadas en caso de alianza por otra entre Macedonia y Persia.

Pero los apetitos de Darío eran inextinguibles.

No sólo gozó de las hermosas macedonias, de muchachos y de los apreciados hermafroditas tracios que se acercaban a la corte de Filipo por docenas, para bailar en los banquetes, tocar la tiara y recitar historias y poemas, sino que también hizo avances sobre las esposas de los nobles con las que se cruzó en su camino.

E incluso sobre la propia Olimpia, entonces recién casada con el príncipe, futuro Filipo II, y madre verdadera de Alejandro.

Decíase entre los cortesanos y los criados que soportaron la presencia del persa casi año y medio en el palacio sosgánida, que Darío, para no ceder en su lujuria, eje de su existencia, habíase transmutado en fauno mediante un pacto con Baal, dios mesopotámico de la fertilidad.

Y Baal, a cambio de otorgarle un gran falo y una colosal potencia viril, le exigió el culto eterno de todo su pueblo.

A lo que el monarca persa había accedido.

Sin embargo, no mostraba a simple vista el persa los atributos faunísticos, por lo que los macedonios entendieron que tan sólo por las noches, y únicamente después de haber eyaculado cinco veces, era apreciable su horrisona cola bífida y las pezuñas de pelo de asno, formas que adquiría mágicamente.

Olimpia, la madre de Alejandro, quien por su parte insistió durante su vida en que era descendiente directa de Aquiles, no rehusó en ningún momento los avances del joven monarca medo.

Y en breve le abrió las puertas de sus habitaciones, aprovechando que Filippo, por otra parte indiferente desde hacía un lustro a su cuerpo, se encontraba luchando contra los egipcios en una campaña militar innecesaria y que había decidido iniciar por puro aburrimiento.

Pero sólo le permitió al asiático dos noches.

En cuanto lo cató y satisfizo su curiosidad, le selló las cámaras y jamás volvió a sentir el mínimo interés por el fauno.

Darío, herido en su amor propio, decidió entonces pedir la mano de la prima hermana de Olimpia, Sutríade, para afrentar a la madre de Alejandro, y a la que hizo venir desde su empobrecido reino norteño de Epiro, tierra de los molosos.

La relación con Sutríade fue nefasta.

Afectada de una intensísima halitosis, la princesa molosa le repugnó al persa en cuanto se acercó a su rostro de regular belleza, rechazándole al instante, en público, ante la conmoción de la corte macedónica.

Es verdad que consiguieron, mediante una pócima de hierbas, rebajar el mal aliento de la infanta.

Y que incluso el faunoide accediera finalmente a casarse con ella por mor de la famosa, y ya algo tediosa, pinza de hierro sobre Grecia.

Pero tras cumplir una sola vez con la mujer no la volvió a tocar nunca más.

Sutríade quedó embarazada en esa única ocasión de gemelos:

Ciro y Artajerjes.

Y esas dos noches en que Darío se encerró a solas con la madre de Alejandro hizo sospechar a toda Macedonia que pudo haber sido en efecto el persa el verdadero padre del “conquistador del mundo”.

Así que Cyrus el joven y Artajerjes también creyeron durante toda su vida que eran hermanos de sangre de Alejandro.

Por lo que codiciaron no sólo el trono de Persia sino todos los demás de la región, incluyendo el macedonio, griego, númida, sirio, chipriota, tracio, egipcio y libio.

Y se odiaron mutuamente.

Porque no podía haber dos emperadores sino uno sólo.

Los dos gemelos continuaban la tradición familiar de aversión entre hermanos.

Su propio padre, Darío, cansado en su vejez de la rebelión de varios sátrapas, alentada por su hermano Trebero, ordenó el asesinato de éste, por ser persona ambiciosa.

Ciro el Joven y Artajerjes se declararon finalmente la guerra

Y en ella les siguió todo el pueblo persa.

El segundo llamó en su auxilio a los macedonios, quienes declinaron el socorro, pues habían pretendido mantenerse al margen del conflicto.

Pero Artajerjes insistió.

Y Filippo, para no malavenirse con ninguno de los dos bandos, ordenó el envío de mercenarios, en secreto, a uno y otro, con la orden de mantenerse a los comandantes que dirigían las fuerzas respectivas rehuir el combate siempre que ello fuera posible; no

comer en la mesa de los otros generales aliados para no confraternizar; y dedicarse sobre todo a contar los granos de arena de los desiertos persas.

Desde entonces, Macedonia tuvo fama entre los medos de albergar gente cobarde y extravagante.

Ciro el Joven pidió auxilio a Esparta y a Atenas

Y debido a que las dos *polis* se odiaban aún, los ejércitos que enviaron se convirtieron pronto en un dolor de cabeza aún más grande que las tropas de Artajerjes para sus generales.

Pues los atenienses y los lacedemonios no dejaban de insultarse, aun entre oficiales, y de retarse continuamente a duelo, siquiera por las razones más triviales, como el hacer literalmente sombra un comandante a otro, además de desobedecer órdenes.

Pero llegó la hora del enfrentamiento.

Fue en las planicies de Cunaxa.

Conocedores de que en ese lugar se jugaban la suerte de la guerra, ambos contendientes habían reunido en la gigantesca explanada de forma cuadrangular situada a la izquierda de esa miserable urbe babilónica a sus dos ejércitos.

Mas Ciro, para asegurar una victoria que finalmente no sucedió, optó por mantener escondidos a las tropas atenienses y griegas, Los Diez Mil, como fueron luego conocidas, comandadas casualmente por Jenofonte, con objeto de que cayesen sobre el enemigo por sorpresa, convencido éste de que no entrarían en combate o que ya estaban en él.

El ejército de Artajerjes, liderado por el temible Nobumosor, un verdadero verdugo, artero y vil, dotado de todo el rigor militar académico, y endurecido en las sucias campañas contra los hurritas, en las que se había asesinado a todo lo que se movía, poseía un arma secreta: un grupo de guerreros conocido como los Morriones de la Oscuridad, sección especial, cuyos integrantes, antiguos presidiarios, esclavos y prisioneros de guerra, en su mayoría asesinos y violadores de niños, condenados a morir en el cadalso, habían logrado salvar la vida alistándose en el ejército artajerjino

Pero en condiciones luctuosas.

Librados todos ellos a las misiones más peligrosas.

Convertidos en verdaderos lobos cazadores y devoradores de hombres.

Eran adoradores de Mitra, la deidad más horrisona del panteón medo, protectora de la violencia y de la sevicia, emociones que a los Morriones liberaban de sus rencores mundanos.

Y eran más de 20.000.

Anhelantes de despellejar no sólo a los mercenarios griegos y beber sidra en sus cráneos, sino a cualquiera, el propio Ciro el Joven incluido.

Y fue exactamente lo que hicieron.

Nobumosor realizó una pantomima de ofensiva sobre el ejército de Ciro con el único objeto de trasladar disimuladamente a un centenar de Morriones disfrazado con uniformes enemigos cerca de donde se encontraba el príncipe y su estado mayor.

Logró engañar a todos.

Y los sanguinarios siervos de la Oscuridad pudieron asesinar a los generales enemigos de una sola agresión múltiple, incluyendo al propio Ciro, quien, antes de ser acribillado por una decena de dardos y venablos, pensó por un segundo que podría acaso ser hecho prisionero y salvar la vida

Los Morriones ya tenían órdenes de liquidarle, pese a su condición de príncipe.

Nobumosor había consultado antes con Artajerjes, pero el silencio de este y su leve mueca de desprecio, le indicó que quería muerto a su hermano.

El osado grupo de Morriones fue a su vez aplastado por la caballería de Ciro, pero el descabezamiento del ejército, la eliminación del mando militar de un solo golpe, dejó a las tropas cirianas perplejas y desalentadas.

Por lo que fueron aplastadas.

Jenofonte, que esperaba escondido la señal convenida para avanzar, había acudido al conflicto inicialmente para luchar como mercenario a sueldo de Ciro, comandando a una considerable fuerza de soldados de fortuna atenienses y espartanos.

Pero lo cierto es que fue finalmente seducido por la personalidad deslumbrante, tan contradictoria, de Ciro el Joven y, por natural proyección, de toda la civilización persa en general.

Esta devoción le indujo a estudiar las artes y la historia de ese pueblo, sobre todo al que fuera el mayor de los emperadores medos, Ciro II el Grande, forjador de un imperio inconmensurable entonces.

Escribió incluso una apología sobre su reinado, titulada *Ciropaedia*, que fue denostada en Atenas, para, poco más tarde, ser quemada públicamente en una gran hoguera junto a su busto de yeso y madera, esculpido grotescamente con orejas de gato, ojos de cabra montés y nariz de lenguado, para más befa y escarnio por parte de la plebe.

La razón era que Ciro el Grande había sometido con crueldad a muchas colonias jónicas, sobre las que impuso una sarta de sátrapas a sueldo que esquilmaron a los griegos, provocando durante generaciones odio e indignación.

Y aunque los hechos se remontaban a un siglo atrás, aún era recordados con pavor.

Pero Jenofonte estaba a punto de comenzar a reconciliarse en parte con un amplio sector del pueblo ateniense, mientras continuaba en su intranquila espera, desconocedor de la muerte de Ciro y de la heroica conducta que iba a desarrollar en breve, al lograr que ese gran ejército griego pudiera llegar hasta las costas del Caspio acechado por decenas de miles de enemigos, además de por el hambre, el terror y la indisciplina, en una odisea conocida como la *Anábasis* o *Retirada de Los Diez Mil*, y que él mismo escribió.

Jenofonte había enviado un grupo de correos, espías y observadores, atosigado por la falta de noticias provenientes de Ciro, y pronto se enteró de que había muerto.

También Nobumosor supo muy rápido que el griego se encontraba en ese lugar.

Y ordenó al instante un movimiento envolvente, veloz y eficaz, que en un cuarto de hora provocó que los helenos estuvieran rodeados.

Así que Jenofonte, quien sólo quince minutos antes estaba sinceramente convencido de una victoria, viose de súbito sin los aliados persas y sin pertrechos, con más de 100.000 guerreros enemigos rodeándole, dotados de carros pesados y elefantes, dispuestos a descargar un ataque masivo, si no esa misma noche, al alba de la siguiente jornada, liderados nada menos que por Nobumosor, el más diestro de los generales de Artajerjes, y el más espeluznante por su brutalidad y por la de sus hombres.

Jenofonte se mostró en ese momento de pánico general entre los griegos, escondidos, más que parapetados, en zanjas cavadas con las uñas en la arena y el páramo, descorazonados ante la perfilación en el horizonte de la hecatombe igual que una neblina de muerte ineludible, como un gran comandante.

No expuso temblor alguno cuando sus capitanes le avisaron de la inmediatez de la agresión enemiga.

Ni prisa.

Ni preocupación.

Ni siquiera sudor o un parpadeo.

Aunque supo que era un suicidio esperarlos.

Así que decidió, sin demasiada vergüenza, replegarse hacia el oeste, donde se encontraba el mar, aunque a varios cientos de kilómetros de distancia.

¿Pero cómo iniciar una maniobra de ese tipo sin ser descubiertos por las vanguardias medas hostiles?

Jenofonte, que se había dicho a sí mismo, en un momento de recogimiento que se había dado para intentar superar el terror que le carcomía los músculos bajo la pálida dermis inmutable, que no malgastaría más de cinco segundos en tomar una decisión, cualquiera que esta fuese, en semejante trance, concluyó en que sus diez mil griegos debían comportarse como uno solo, fueran atenienses o espartanos.

Ordenó secretamente el sacrificio de los heridos que no pudieran caminar, en una opción dolorosa que costó la vida a casi un millar de hombres, asesinados en algunas ocasiones por sus propios camaradas y hermanos, y en otras por grupos de oficiales pálidos y embozados.

Ordenó asimismo el abandono de las armaduras y de los cascos, haciendo que cada soldado sólo se protegiera con el arma y el escudo, con objeto de que la marcha fuera más ligera.

También dispuso la eliminación instantánea y simultánea por sus oficiales más cercanos de todos aquellos adalides de la soldadesca que pudieran quizás oponerse a su propósito, para evitar el riesgo de insurrecciones, por lo que, en cierto momento, pareció que el peor enemigo del ejército griego no era Nobumosor, sino el propio Jenofonte, pues al menos otro millar de helenos fue muerto sin siquiera tener el honor ni la justa oportunidad de defenderse.

Sabía que era absolutamente necesaria la cohesión entre los cuerpos para que se condujeran como una sola unidad.

Inició el abandono del desierto de Babilonia en el que se encontraba esa misma noche, como un chacal herido, de forma, pudo ser, innoble, guiándose por las estrellas, tras concentrar sus fuerzas sobre un punto de las líneas enemigas que creía más débil, situado en su retaguardia, pues habían Los Diez Mil girado sobre sí mismos, en un movimiento simple y al mismo tiempo gigantesco.

Los persas situados en la retaguardia de los griegos se habían relajado esperando que los enemigos esperarían a su vez el ataque de los hombres de Nobumosor situados al frente de estos, por lo que fueron acuchillados en sus tiendas, durmiendo.

Pese a todo, este ataque, realizado para abrirse paso entre el cinturón de hierro que le rodeaba, costó a Jenofonte otro gran número de hombres.

Pero pudo continuar su huida hacia el sureste, confiando en que no tropezaría con ningún otro contingente enemigo de consideración.

Al amanecer del día siguiente Nobumosor se encontró con la explanada en la que se habían hecho fuertes los griegos repleta de cuerpos yacientes y abandonada por el bloque mayoritario del ejército enemigo.

Y comprendió que habían huido.

Escupió sobre la arena su repulsa olímpica por la cobardía de los mercenarios y lanzó a su ejército a una alocada carrera en pos de los fugitivos, liderada por los leviatanes que componían los Morriones de la Oscuridad.

Los helenos podían observar, encontrándose aún a casi doce horas de distancia, la mancha de polvo negro y arena que el ejército de Nobumosor generaba en su veloz marcha hacia ellos.

Pero nunca les alcanzaron.

Los griegos atravesaron, desparramando desesperación y delitos contra la humanidad, entre ellos mismos y entre cualquier conjunto de personas que se les apareciese como espantapájaros, páramos, vergeles, oasis, pueblos, ríos y ciudades.

Asesinaron a miles de campesinos, temerosos de que pudieran enfrentarles o unirse a los perseguidores.

Quemaron apresuradamente las cosechas, después de medio comerlas crudas, a la carrera, disputando entre sí por las mejores piezas, trémulos de miedo, de agotamiento y de odio.

Y derribaron todas las edificaciones que pudieron, con la esperanza de interponer el mayor número de obstáculos entre ellos y los persas.

Acabaron asimismo de forma sistemática con sus propios heridos.

Y los oficiales del entorno de Jenofonte, entregados a una disciplina ciega en la que habían depositado su personal suerte y su vida, degollaron sobre la marcha a cualquier otro que se mostrara indeciso o no cumpliera las órdenes inmediatamente.

Finalmente llegaron, dos semanas después, exhaustos y dementes, a la costa.

Deambularon como fantasmas por el borde del mar hasta encontrar una villa de pescadores.

La arrasaron.

Mataron a todos sus habitantes.

Y tomaron una pequeña flota de naves destartadas y enmohecidas, en la que no cabían todos, razón por la que se intensificó la lucha cainita que habían arrastrado desde la decisión de huir tomada por Jenofonte.

Este dejó a la fuerza bruta que se encargara de seleccionar a los que habrían de subir a un bote.

Los débiles fueron asesinados.

Y los vulnerables se alejaron en grupos en la dirección contraria, esperando encontrar otra villa con más naves.

Pero fueron capturados por los ogros de la Oscuridad poco después y despellejados y quemados tras cortarles a todos manos y piernas, ojos y orejas.

Los que pudieron hacerse con un hueco en las chalupas enfilaron hacia el este.

Aún debieron ajustar más cuentas durante la travesía, sin agua ni alimentos.

Pero alcanzaron su objetivo, ante la admiración de sus compatriotas, que les daban por perdidos.

Ciro el Joven jamás hubiera perdonado a Jenofonte ni a los griegos esa conducta indigna, sobre todo la que desplegaron con respecto a los agricultores y camelleros persas que se encontraron en su nefanda huida, aún en plena guerra civil.

Y el comandante heleno no volvió a pisar suelo medo, convencido de que le crucificaría cualquiera de los dos bandos en liza.

Pero Atenas, conocedora de la incidencia, le recibió como a un héroe.

El idilio entre el pueblo ateniense y el discípulo de Sócrates no sería definitivo.

Llamado años después por un general espartano que le había servido como capitán en Persia y Babilonia, y que había participado en la *Anábasis*, Jenofonte, hastiado de la vida contemplativa en Atenas, sulfurado ante su propia escritura, una vocación que en realidad le suponía estar muerto y enterrado en plena existencia, que había jurado cultivar en los momentos de pavor y exaltación durante la épica retirada hasta el último día de su vida, acudió a Lacedemonia presuroso y aceptó alegre el grado de general del mismísimo ejército de Esparta, que por entonces se encontraba empeñado en experimentar su poderío militar en diversas campañas asiáticas.

Desgraciadamente participó en escaramuzas que el ejército espartano sostuvo incidentalmente con varias unidades atenienses a las que se encontró en su marcha hacia el este.

Y Jenofonte no hizo nada para evitarlas ni tampoco se vio poseído por ninguna emoción de piedad o de amistad hacia sus compatriotas.

Se comportó ante ellos con la misma frialdad que cualquier soldado espartano.

Fue el colmo para los atenienses, quienes decidieron no volver a perdonar al socrático, un traidor, ni aunque de nuevo salvara a un millón de los hijos de Atenea.

A su regreso, tres años después, mutilado en combate, tuerto y desalentado anímicamente, aunque recuperó el gusto por escribir, se encontró con el desprecio general y con el odio reconcentrado de los ciudadanos.

Fue sometido a proceso en el *ágora*, por traición.

Y resultó condenado a muerte.

Una duda que brotó como hierba fresca en el jardín de la conciencia de uno de los magistrados, sentimental y aún conmovido por la *Anábasis*, en la que había participado uno de sus hijos, prendió en otros, y, finalmente, se le conmutó la pena por la del destierro de por vida.

Se dirigió al sur de Italia y cruzó hacia Africa, donde pudo ganarse la vida como erudito e instructor militar en un pueblo costero, en el que continuó escribiendo, falleciendo en brazos de su octava esposa, una lavandera mauria.

Pero el más influyente de los discípulos de Sócrates fue Aristocles, un joven de anchas espaldas, manos fuertes y nudosas, y piernas largas y fibrosas, más conocido como Platón, cuya ascendencia sobre la humanidad perduró casi dos mil años después de su muerte.

Se conocieron en el hogar del propio Sócrates, al que el filósofo que posteriormente divulgó su obra, esto es, Aristocles o Platón, había acudido atraído tanto por la celebridad de la sabiduría del preguntón como por la pésima fama de hombre molesto e inquisitivo que ya para entonces poseía en Atenas, donde era observado con suspicacia.

En especial, palpablemente, por los sofistas, a los que Sócrates desdeñaba sin disimulo, aunque con ironía, en la que subyacía bulliente un raro afecto, explicándoles, cuando se avenían a escucharles, que la retórica, el gran ariete del sistema sofístico, era tan sólo hojarasca ingeniosa, carente de verdadera sustancia filosófica, y tan sólo brillante en sus giros poéticos y en sus construcciones verbales, artificiosa y huera, mucho más interesada en la bonita disposición de los vocablos que en la transmisión o la comunicación de verdades.

Verdades, por otra parte, que los sofistas repudiaban, atraídos como estaban por la apariencia de las cosas, mas no por su naturaleza real, y atrincherados como se encontraban en la duda escéptica de todo fenómeno espiritual, carnal o psíquico que se generara en este penoso linaje de los seres humanos, bestias infelices y perdidas en el orbe, un orbe asimismo oscuro e impenetrable, horrisona broma que, pese a su apariencia cósmica, era en verdad caótica.

Platón quedó hechizado por la potencia de la penetración mental de Sócrates desde que el cuestionador puso sobre los suyos sus ojos pequeños y saltones.

No le abandonó ya en los años de existencia que le quedaron y tan sólo la muerte del inquisidor impenitente y mordaz hizo que el vínculo, entre admirativo y crítico, y también a veces distante y quejoso, que surgió entre ambos, permaneciese intacto y vivo como un dragón joven, insultantemente seguro de sí mismo, hasta el final de los dos.

La constante estadía de Platón en casa del interrogador provocó entre los espías de la policía que la vigilaban una reacción de moderación, muy favorable para Sócrates y,

en fin, para el desarrollo del pensamiento filosófico que en eras posteriores abarcó medio mundo.

El joven de porte atlético y permanente insatisfacción, de ambivalente expresión facial, una veces enojada, como la de un santón en agrio ascetismo crónico, otras clara y alegre como la de un infante, era miembro de una de las principales familias de la aristocracia.

Su padre, un adinerado terrateniente y magistrado, poseía gran ascendencia entre las autoridades.

Así que, enterados de ello, mostraron los esbirros del gobierno aún más circunspección que la que hasta entonces exhibieron.

Pues ya los filósofos y los sofistas eran observados –en secreto- con sumo recelo por las autoridades políticas, que no se fiaban de nada ni de nadie bajo su gesticulación afable

Se les consideraba –en secreto- rayanos en la impiedad.

Platón había sido discípulo de Cratileo, un filósofo afiliado a la escuela de Anaxágoras, pero quedó finalmente muy defraudado con él cuando percibió que oscilaba poco a poco hacia la sofística, que también el menospreciaba con radicalidad.

Primero, por ser tan dominante en el *ágora* y en las conciencias de los atenienses, en especial de los políticos; y, segundo, porque los razonamientos de los sofistas, singularmente los que desarrollaba Protágoras, el más importante e influyente de aquellos, no lograban explicar fehacientemente el mundo de las ideas ni el de la evidente dualidad entre el espíritu y el cuerpo.

Aún más, no creían, estos hipócritas que aparentaban conocimiento y sólo poseían juicios superficiales del mundo y de las cosas, ni en la vida de las almas tras la muerte ni en su juicio divino posterior, ni en su ulterior reencarnación de acuerdo a la sentencia de los dioses, ni, aún menos, en la existencia de un gran creador bondadoso del universo, circunstancia que escandalizaba al joven, que consideraba sinceramente que los sofistas vivían en la caverna.

Platón, que entendía que la fuente primigenia de todo desorden, maldad e ignorancia que castigaba a los humanos era el cuerpo, observó primero indignado y luego fatigado por la vergüenza, que los sofistas estaban muy interesados justamente en sus concupiscencias privadas, para las que incluso exigían dinero a los atenienses, quienes, además, en una serie de actos tan cómicos como trágicos, se lo entregaban con placer tan sólo por enseñarles ciertas leyendas históricas y ciertos razonamientos peregrinos a sus hijos cuando no a ellos mismos, que, en su estrechez mental, adoraban como oro lo que sólo era cobre.

Sócrates y Platón establecieron, contra la sofística imperante, la paradoja como sistema, es decir, la idea contraria a la *doxa* u opinión o conocimiento establecido, de corte orgánico e institucional, por cierto, ya que, en discutible forma, los sofistas, aún siendo incómodos para políticos, comerciantes y guerreros, estaban dotando a Atenas de saberes y reflexiones que el populacho, todavía traumatado por los horripilantes hechos de la dominación espartana, aceptaba con satisfacción y alivio.

Y la ascendencia de Protágoras entre la nobleza, no como clase cohesionada, sino como conjunto de individuos aislados y desconectados, comenzaba a ser considerable, por lo que era posible verle codearse con magistrados, funcionarios, recaudadores de impuestos, militares y políticos, a quienes pontificaba sobre todas las cosas públicas.

Mas, si bien Sócrates y Platón desconfiaban de Protágoras, y no mostraban excesivo respeto hacia sus dialécticas, especialmente la que le hizo famoso, “el hombre es la medida de todas las cosas”, sentían un lejano aprecio por su persona, pues no en vano habían compartido algunos banquetes y acudido juntos a comer aceitunas y

almendras mientras observaban licenciosamente a los jóvenes atletas en su entrenamiento diario.

Sobre todo a los lanzadores de venablos, que gustaban singularmente al sofista y a Sócrates debido a que presentaban mayor musculatura que los demás y eran en su mayoría rubios, de cabellos rizados y largos como los de las mujeres y blanquísimos de tez, por su origen macedonio, razones por las que adquirirían un bello aspecto bronceado y escultural cuando se tostaban con el sol.

Y en al menos en otra cosa coincidían:

En el descrédito que les merecían todos los filósofos anteriores a ellos mismos.

En especial, aberraban sinceramente, y a veces hasta se reían atropelladamente, de todas las extrañas teorías sobre el *arjé* u origen del mundo, a cual más extravagante, que hasta entonces había generado la inteligencia griega.

Para Tales de Mileto, se reían, fue el agua; para Jenófanes la tierra; para Demócrito el átomo; y para Heráclito el fuego.

Y Empedócles, incapaz de decidirse por este o aquel, estableció, de forma tan audaz como cómica, que eran todos ellos al unísono, es decir, la tierra, el agua, el fuego y el aire.

Pitágoras, sin embargo, creyó que era el número.

De todos estos filósofos, tan sólo Pitágoras, justamente, parecían algo interesante, sobre todo a Platón, pues, al igual que los suyos, los conocimientos pitagóricos, sin duda los más misteriosos y herméticos que habían llegado hasta Atenas desde eras antiguas, tenían que ver, fundamentalmente, con la vida después de la muerte y la vida antes del nacimiento terrenal, que a juicio del ancho de espaldas, y del extraño Pitágoras, eran exactamente la misma.

Pitágoras, había explicado Platón, entendió que los hombres, los seres humanos, la humanidad toda, estaba conformada exclusivamente por desgraciadas almas que habían sido castigadas de forma insufrible por los dioses a encarnar en el mundo debido a alguna falta terrible y desconocida, resultando así expulsados de la vida verdadera, la de las ideas liberadas de la materia, la del espíritu incorpóreo.

El deber, entonces, de los humanos, era consagrarse al estudio y a la admiración, es decir a la filosofía, para así estar siquiera levemente más cerca de la patria original, que no era otra que los cielos, el Elíseo, lugar en el que moraban las almas perfectas, esto es, sabias, esto es, concedoras, de sí mismas, de los secretos del universo y de los dioses.

Lo importante pues era vivir en santidad y morir cuanto antes para regresar lo más rápido posible al lugar divino de donde habían partido.

Pitágoras creyó en la melodía de las esferas, generada por la armonía musical, plasmada a su vez por la concatenación ordenada de números, y el movimiento de los planetas; y sobre todo creyó en la transmigración de las almas, asuntos todos que merecían el respeto de Platón y aún el de Sócrates, aunque desde luego no el de Protágoras.

Ni el sofista ni el matemático, en cualquier caso, terminaron bien.

Pitágoras, según explicó Diógenes Laercio, se dio al orfismo y fundó una secta disidente, por lo que marchó, temeroso por su vida - pese a que deseaba racionalmente morir-, hacia Italia.

En la próspera y desigual ciudad de Crotona organizó una caterva, que rápidamente adquirió un sesgo aristocratizante muy intenso, y, en simultáneo, un gran desdén espontáneo, y peligroso, por el vulgo.

Este se rebeló un buen día contra el monarca, que protegía a los pitagóricos, debido a un aumento de los impuestos sobre las cosechas, con lo que se produjo una

pequeña guerra civil que acabó con la aristocracia y, de paso, con el degüello de los sectarios de Pitágoras y el del propio filósofo de los dígitos, por su afinidad empática hacia los nobles.

Protágoras, si bien había adquirido gran ascendencia sobre ciertos personajes incluso del gobierno de Atenas, fue finalmente denunciado por impío por Pitidoro, un demagogo que pretendía el poder mediante el soborno de funcionarios y la seducción carismática de las gentes, a lo que el sofista se había opuesto insistiendo en que la virtud, por naturaleza, está ausente en los hombres, pero puede ser enseñada por otros hombres elegidos, no ciertamente del tipo que implicaba Pitidoro sino del que él mismo, Protágoras, representaba.

Por tanto, si alguno debía acceder al gobierno no era ese triste aprendiz de tirano sino él, Protágoras.

La acusación de Pitidoro puso en marcha la aceitada maquinaria de la justicia ateniense, impulsada además desde varias direcciones por otros enemigos antiguos de su persona e ideas, que no dejaron pasar la oportunidad de hundirle en la burocracia y el descrédito.

Por lo que Protágoras, a una edad proveya, fue condenado al destierro tras un rápido proceso cuya sentencia a todos pareció de antemano adoptada, aunque nadie dijo nada.

El sofista vióse obligado a abandonar la ciudad, sin su familia ni bienes, de un día para otro, con lo puesto, sin apenas dinero y sin equipaje, humillado por el vulgo, que le arrojaba hortalizas en su trayecto triste hacia el puerto, escoltado por una fuerza de policía que igualmente participaba de la execración pública.

Muchos de los que le insultaron y le lanzaron lechugas vociferando como asnos habían acudido a sus magisterios en el *ágora*.

Protágoras se embarcó hacia Asia Menor, esperando ser recibido por un monarca turcomano que le había confiado la educación de su hijo el príncipe.

Pero una tempestad hundió su nave y falleció ahogado.

Pues jamás se había molestado en aprender a nadar.

Platón ungió su destino en Atenas al de Sócrates y en poco tiempo fueron inseparables.

No por deseo del preguntón específicamente, quien apreciaba la autarquía, luego tan influyente entre cínicos y estoicos, aunque denostada por Aristóteles, pues la consideró antihumana debido al componente político y social de la naturaleza de las personas, sino por el de Platón, que había observado que cualquier experiencia mental que vivenciaba con su maestro Sócrates conjuntamente alteraba su conciencia.

Pronto Platón dependió por completo del sagaz indagador en cuanto al desarrollo de su psique y de su razón, dialécticamente.

Nunca se mostró contrariado por ello, sino que, al contrario, se dijo a sí mismo que era afortunado al poder compartir este tiempo con un espíritu divino como era el de Sócrates, al que conceptuaba como un faro de vivísima luz en la esfera cegada y sañuda del mundo.

Aquel continuó su quehacer inquisitivo público obviando la presencia de su discípulo, al que también tenía afección y simpatía.

En esa época, justamente, decidió casarse con Jantipa, una mujer de aspecto aflictivo y de actitudes aún más denostables que sin embargo encendió un fuego de amor en el interior del filósofo.

Por poco tiempo.

Sócrates jamás explicó nada que revelara la elección de Jantipa como esposa pero todos sus discípulos y amigos lamentaron desde el principio su presencia constante en

su casa, a la que insistía en limitar y condicionar de acuerdo a ciertos principios que parecían ridículos e inapropiados de todo punto para el tipo de reuniones y debates que en el lugar se celebraban.

Jantipa, que siempre deseó ser una buena esposa y madre, y había sido educada por sus progenitores, humildes y apegados como lapas a la ley antigua, no entendió nunca a su marido.

Y tampoco pretendió entenderlo.

Jamás.

Habíase fijado en él a su vez por su porte distinguido y distante y por un brillo personal infrecuente por el que nunca pasaba desapercibido y por el que derramaba una energía intensa y cautivante en derredor suyo.

Viose muy interesada, y atraída, y extrañada, por el hecho de percibir que súbitamente cambiaba de actitud el filósofo, con ella y con todos aquellos con los que se relacionaba, como un diamante tornasoleado, irradiando sutilezas y matices, diferentes y múltiples, a cual más sugerente, sobre las cosas y las personas, las situaciones de la vida y la vida misma.

Jantipa percibió en aquel hombre ya mayor un poso de ternura y afición, tan fuerte como hondo, que la había desordenado suavemente, en un dulce quebranto interior preñado de sorpresa y esperanza, como a una joven, cuando ya tenía más de cuarenta años.

La mujer arrastraba una historia de frustraciones y malos tratos en sus relaciones sentimentales.

Y quedó desconcertada ante el légame de pureza e inocencia, sinceridad y honestidad pontificias que avistaba en los ojos saltones, rodeados de sombras violetas y púrpuras, y en el espíritu de Sócrates, enérgico como un corcel invisible, mas palpable en cuanto su persona se le aproximaba.

Pues tras su barniz mundano, irónico y fisgón, el filósofo presentaba un alma repleta de generosidad, inofensivamente mohína, concedora de los deseos de una mujer.

Pero también de sus esperanzas y expectativas, sufrimientos y dolores.

Jantipa, embrujada por la personalidad tornadiza y estable de Sócrates, por su fuerza interior serena, por su mirada rebosante de enigmas y por su tono de voz grave, envolvente, varonil, reflexivo y acariciador, quiso casarse con él.

Porque su presencia hacía sentirse indefinidamente bien y satisfecha.

Pero desestimó que el filósofo fuera un hombre distinto a los demás.

Pese a todas las señales invisibles acerca de su personalidad extraordinaria, creció en su interior, de manera indetenible, los consejos de su anciana madre acerca de la fastidiosa igualdad uniforme de todos los hombres.

Y poco a poco, devenidos semejantes asesoramientos en ideas preponderantes, eliminó todas las metáforas sobre el misterio humano que su cerebro había percibido continuamente durante el romance prenupcial.

Y una vez que se realizó la ceremonia de unión ante Afrodita, creyó sinceramente que era en efecto sólo un hombre.

Y que su deber sagrado como esposa consistía en que había de ser domado como marido.

Por lo que intentó imponerle al inquisitivo orden, horario en las comidas, en levantarse y en acostarse, en vestirse y lavarse, en recortarse o no la barba, en llevar una u otra toga, en acudir al hogar solo y sin amigos, en no atender banquetes y, sobre todo, en no molestar a los demás con su insufrible manía de preguntar sobre asuntos inconvenientes.

Quedó claro entre sus discípulos que Sócrates pensó para sí que se había equivocado terriblemente.

Al igual que cuando se alistó en el ejército.

Y en verdad que su actitud hacia ella cambió en poco tiempo de manera rotunda.

Los ojos del filósofo perdieron el velo de inescrutable misterio que anteriormente los cubría en cuanto la observaba caminar por la calle o en cuanto se acercaba a él, con sus grandes pechos sobresaliendo en una túnica de color claro y sus abundantes caderas y muslos ceñidos al ropaje como una segunda piel en ocasiones.

Y en breve, la ausencia de esa nube ocular dio paso a un brillo acerado, en absoluto amable.

Comenzó a rehuir a Jantipa.

Y esta, notando el cambio, se desmoralizó primero.

Y cayó en un estado de irritabilidad después.

Proyectando sobre todos, discípulos y amigos socráticos, su enemistad y soledad, que se hicieron finalmente perpetuas.

Esta corriente de emociones que se interpuso entre ambos confirmó para siempre a cada uno de ellos, marido y esposa, en su ribera opuesta.

Y el arroyo devino en río.

Y este en lago.

Y este en mar.

Y este en océano.

Jantipa se encontraba sobre la cima de una montaña sempiternamente bajo nieve, rodeada de una niebla fría y azotada por vientos árticos que le provocaban surcos de sufrimiento en el rostro.

Mientras, Sócrates flotaba en el piélago, alejado dos mil kilómetros, sin siquiera permitirse mirar en dirección a la montaña, ocupado como estaba en los peces grandes y pequeños que intuía pasar por debajo de su cuerpo.

También interesábanle las gaviotas y los cambios en la corriente, el fulgor de los astros, los naufragos que las mareas le acercaban y los bajeles que pescaban afanosamente a su alrededor.

No volvió a ocuparse de la vida en las cumbres pétreas.

Poco después, otro discípulo de Sócrates se destacó en la vida pública de Atenas.

Alcibíades, sobrino de Pericles, fue nombrado estratega, primero, y gobernador supremo, después, ejerciendo el mando de manera confusa, aunque procuró imitar a su divino pariente y predecesor en el cargo.

Esa forma de gobernar era concluyentemente manifestación de su propia psique, inestable, caprichosa, irracional, emotiva en exceso, sin distancia crítica entre ella y las situaciones, los hombres y las cosas, dinamizada en su mayor parte por impulsos, en ocasiones contradictorios, a veces obsesivos.

Sócrates le tuvo aprecio, pues advirtió en él una inteligencia preclara, como una piedra preciosa sin pulir enterrada toscamente en un gigantesco pedazo de arcilla deforme cuyos bordes sufrieran erosión por los vientos y las lluvias.

También gustóle en el joven Alcibiades su poder de discernimiento sobre las circunstancias.

En efecto, mientras otros pupilos socráticos no podían descifrar los fenómenos aparentes, la esencia de lo material o de lo ideal, Alcibíades era capaz de hacerlo, bien de forma dialéctica bien mediante una sorprendente, por poderosa, intuición.

Esta, basada en los sentidos, no era del todo afecta a Sócrates, quien manifestaba muchas dudas sobre su efectividad.

Mas, para un relevante conjunto de pensadores previos, coetáneos y posteriores, se trataba de una forma casi exacta del conocimiento.

Aristóteles la consideró imprescindible para la aprehensión de la identidad, la coherencia o la causalidad, entre diversos elementos que denominó “primeros principios”.

Otros, como el propio Platón, la menospreciaron, por entender que en realidad se trataba de una forma previa de pensamiento.

Y los terceros mostrábanse ambiguos con respecto a ella.

Era, para estos, una suerte de revelación súbita sobre la realidad, irracional y sentimental en principio.

Y provocada por la recaudación de un incidente o gesto banal.

Mas de inmediato entrelazada con la razón y la inteligencia.

Sea como fuere, Alcibíades había demostrado poseer un excepcional presentimiento sobre las apariencias y las evidencias.

Y una singular visión del conjunto de la sociedad ateniense, de la *polis* toda, y del pasado y del futuro de la misma.

Además poseía una notabilísima facilidad para relacionarse de forma positiva con las gentes.

Era de gran apostura física, muy delgado, de piel blanca, ojos claros y mirada pacífica, pese a sus tormentas interiores, y en su rostro destacaba una sonrisa portentosa, permanentemente esgrimida, como un arma, que ejercía con constancia y sistema ante cualquier ser humano.

Pronto abandonó la casa-escuela de Sócrates e hizo carrera en la magistratura, primero, y en el partido aristócrata después, avalado por sus condiciones pero sobre todo por su parentesco con Pericles.

No le costó, en esas circunstancias, encaramarse al poder político.

Especialmente porque había conseguido comunicar a los nobles, a los oligarcas, a los guerreros y a los políticos atenienses la idea de que no sólo era necesario ingresar en una época de expansión militar, sino que él sabía como hacerlo y cómo dirigirla.

Y lo innovador de su propuesta, que exponía con la misma retórica que un sofista, dramática, efectista, hipnotizante para los acrílicos e iletrados, consistía en que la conquista no debía hacerse hacia el este, sino, oh novedad, hacia el oeste, hacia Italia, y concretamente hacia Sicilia, inicialmente, para hacerse con todo el sur peninsular, con posterioridad.

El entusiasmo, pese a que ya Pericles había intuido esa necesidad de girar la cabeza de la civilización ateniense hacia occidente, prendió entre la clase dominante, que, como un solo hombre, facilitó el acceso de Alcibíades al poder ejecutivo de forma rápida.

Con su antiguo discípulo situado en el centro del olimpo terrenal, Sócrates tuvo oportunidad de hacer valer su antigua ascendencia moral e intelectual sobre el nuevo hombre fuerte de Atenas.

Cierto día, decidió acudir a un banquete que ofreció a distinguidas amistades relacionadas con el arte y el pensamiento ateniense el poeta trágico Agatón, que había conseguido un gran triunfo con una de sus obras, aplaudida durante horas por una audiencia estremecida y atemorizada por el funesto poder del sino.

La residencia del vate, suspendida como un copo de nieve sobre la ladera sur de la colina de los Cerezos, obligaba a un itinerario extraño, por descontado hermoso, ya que se adentraba la ruta sobre acantilados y arboledas albas que incitaban a los caminantes a reflexionar sobre la justicia, el amor y los dioses bondadosos.

Pero en un recodo, no lo suficientemente alejada, se encontraba una mina en la que trabajaban numerosos esclavos y reos.

Sócrates, admirado ante el color esmeralda de los mares, plácidos y monumentales, quedó de pronto atribulado por el contraste de la magnificencia de la naturaleza en ese estado y lugar y la sordidez de la condición humana que se observaba entre los hombres que, semidesnudos y doblada su testuz por cestos de mimbre repletos de piedras y arena, sudaban y gemían, en dolor.

Se acercó hasta ellos, mientras que sus amigos, Apolodoro, Cebes y Simmias, lamentaron el gesto, intuyendo el inmediato desarrollo de un incidente desagradable para todos, incluido al mismo Sócrates.

Este, seguido apresuradamente por Cebes, se había acercado mucho a un grupo de trabajadores.

Todos ellos, de aspecto sufriente, en extremo delgados, los ojos y los hombros hundidos, le miraron con indiferencia y rencor, deteniendo luego su labor para observarle con cierto detenimiento.

Acercóse al conjunto penoso un capataz, posiblemente extranjero, por el acento bárbaro con el que adornó de fea manera una retahía de insultos y de trallazos contra el suelo.

Esa agresiva presencia pareció insuflar de premura a Sócrates, quien descerrajó a aquellos hombres una pregunta.

-Oh mineros, ¿quiénes sois?

-Somos bestias, ciudadano.

-¿Acaso no amáis?

-No amamos. Odiamos.

-Y si odiáis, ¿os odiáis a vosotros mismos?

-Sí, nos odiamos.

Sócrates calló ante la llegada del capataz, furioso mas precavido ante aquella presencia de hombres libres que rodeaban al anciano preguntón.

Y uno de los esclavos dijo:

-Yo no odio, señor

-Si no odias, ¿amas?

-Sí, señor, amo.

-¿Y qué es lo que amas?

-Amo el amor, señor.

-¿Cuál es tu nombre?

-Fedón, señor.

-¿Hay algo, Fedón, que odies del amor?

-Una cosa, señor.

-¿Cuál es, Fedón?

-Que el amor perturba cuando es en exceso apasionado.

-¿No es, entonces, esa perturbación, oh Fedón, conclusión tanto del amor como del odio? ¿No crees, pues, que si el resultado final del amor es el transtorno, no se diferencia en nada del odio?

-Señor, eres muy inteligente, pues has hecho brotar en mí la duda ante mis propias creencias. Pero, he aquí, te contesto: ese amor perturbador no es amor. El amor es necesariamente paz y refugio ante el odio y la discordia en que el mundo se desenvuelve.

-¿Eres, Fedón, esclavo o reo?

-Esclavo, señor.

-¿Quién es tu amo?

-Menteoro.

-¿El oligarca?

-Así es, señor.

-¿Lo amas?

-Sí, señor, lo amo con todas mis fuerzas. Lo amo como amo a una mujer que se me ofrece espléndida y me enaltece con su súbita negativa. Lo amo como amo a un efebo de gracia suma cuya belleza se tuerce en un gesto de orgullo cuando le escancio el vino, incapaz como soy y seré de poseerlo en lo que me resta de vida, sabiéndolo él, divino muchacho. Lo amo como amo a una sacerdotisa de Afrodita que, con sus grandes pechos, me roza el torso desnudo, para ir entonces a entregarse virgen al culto. Lo amo, señor.

-¿Podría verte en otra ocasión, oh Fedón, minero y esclavo?

-Cuántas veces quieras, señor.

-Antes dime, ¿de dónde has venido, Fedón?

-De Elis, señor.

Cebes intervino entonces, susurrando al preguntón que era evidente, a su juicio, el origen noble del esclavo llamado Fedón de Elis.

Sócrates miró a los ojos del vejado durante unos instantes y se retiró bruscamente, sin despedirse.

Acudió en silencio al banquete del vate, rodeado por sus amigos, pero apenas cató el vino ni comió, como hacía otras veces con fruición y deleite, las codornices asadas o los peces fritos en miel.

Ni siquiera preguntó una sola cosa.

Se retiró pronto.

A la mañana siguiente, con los albores, se presentó en el palacio de gobierno, ante Alcibíades.

Este, pese a que se encontraba durmiendo, ordenó que le hicieran pasar a sus habitaciones.

-Maestro, qué honor y qué sorpresa

-Alcibíades, ¿comprendes que vengo ante ti por razones extraordinarias?

-Por supuesto que sí, oh Sócrates. Bien sé que nada habría en este palacio de mármol y de seda alguna cosa que te interesara.

-¿No es la justicia el supremo bien?

-Así es, maestro.

-¿No debemos reparar entonces una injusticia en cuanto la observemos o percibamos?

-Así es.

-¿Crees que el oligarca Menteoro es hombre justo y virtuoso, Alcibíades?

-Te muestras singularmente generoso con tal varón, Sócrates, célebre en nuestra ciudad por sus disparates, tanto en su vida como en sus actos y reflexiones.

-Si no es, por tanto, un hombre de virtudes, ¿crees que otro hombre que sí lo fuera debería estar sometido a él?

-Oh, maestro, bien sabes que mi respuesta deberá ser necesariamente negativa. Se trataría, ese caso que refieres o supones, un crimen.

-Así parecería. ¿Conoces a su esclavo Fedón?

-No, pero lo llamaré para conocerle.

-Y después de conocerle, ¿podrías quizás mandármelo a mi casa como liberto para que yo intentara comportarme con él como hombre justo y virtuoso, si por casualidad los dioses estuvieran conmigo para tal menester?

-Eso mismo haré, Sócrates, en esta mañana de dulce primavera que Apolo nos regala.

El trámite al que se dio Alcibíades en cuanto su antiguo maestro abandonó sus habitaciones fue breve.

Envió un heraldo a la residencia de Menteoro, solicitando su presencia y la de Fedón inmediatamente.

El oligarca y el esclavo se presentaron dos horas después ante el gobernador de Atenas, arrodillándose ante él, quien vestía una coraza de oro y plata, espinilleras de marfil para el combate y sostenía entre una mano y la cadera un yelmo de plumas de avestruces azules y doradas.

Varios edecanes le escoltaban en silencio, tres pasos atrás.

-Menteoro, querido amigo, ¿qué tal tus negocios? ¿Cómo se encuentra tu bella esposa, Aritina?

-Bien, oh divino.

-Tengo prisa, Menteoro, pues mis capitanes me esperan para unas maniobras. Como sabes, parto hacia Sicilia en breve y he de ejercitarme en las armas.

-Sí lo sé, estratega.

-Bien. Seré breve. Tus naves, con las que traficas con trigo egipcio, deberán ser confiscadas. Te has retrasado de forma escandalosa en el pago de tus impuestos, circunstancia que afecta al ejército y, por tanto, al porvenir de Atenas e incluso al mío propio.

-Amo, perdón. Los alejandrinos se encuentran en guerra civil. Y Tebas amenaza con apoderarse de la ciudad, cosa que tan sólo esperan para hacer los avariciosos comandantes tebanos a que uno de los dos bandos se debilite lo suficiente frente a las dentelladas del otro.

-No habrá perdón pues tu deuda es muy antigua y los intereses se han acumulado. Y entiendo que sacarás provecho de los conflictos en Egipto.

-Por Zeus, amo, ten piedad. Soy tu siervo.

-En efecto ... ¿Y ese esclavo con el que vienes, no es por su parte tu siervo?

-Sí lo es, pero, por supuesto, es también el tuyo.

-No se hable más, entonces. Dale su carta de manumisión y que se presente ante Sócrates en esta misma mañana de esplendor. He dicho, Menteoro.

-Amo, es tuyo, ¿y las naves, también?

Alcibíades ya salía por la puerta, seguido por los edecanes, pero sólo murmuró algo incomprensible, que provocó una carcajada entre los militares que le escoltaban.

Menteoro continuó arrodillado.

Sin mirar a Fedón, le dijo:

-Eres libre, esclavo. Ve a dónde está ese Sócrates, cuya alma es la misma que la de un asno mirmidón, y dile que tu carta de manumisión estará lista para el atardecer. Vendrás tu mismo a buscarla.

Fedón no volvió a mirar el rostro de Menteoro nunca más.

Tampoco le obedeció, pues fue Jantipa quien acudió a buscar el documento de libertad a la mansión del oligarca, que ni siquiera se molestó en recibirla.

Fedón, desde ese momento, dio su vida a la de Sócrates.

Alcibíades fue víctima de su huracán interior.

Comandó al ejército en la campaña de Sicilia, que resultó desastrosa.

Los espías sículos ya habían avisado a sus príncipes y generales con mucha anterioridad y cuando los soldados que traían las naves atenienses pretendieron desembarcar se vieron rodeados de centenares de bajeles y chalupas ardiendo y pringadas de aceite y petróleo.

Y de tal forma que las vivas corrientes, perfectamente previstas por los comandantes sículos, provocaron que las bolas de fuego en que se habían convertido quedaran fatalmente adheridas como sanguijuelas a los barcos invasores, trasladándoles los incendios.

Los que pudieron desembarcar fueron aseados desde montes, colinas, desfiladeros y acantilados por un conjunto de arqueros y lanceros dotados de una disciplina y un orden que jamás había Alcibíades observado en su por otra parte no muy larga carrera militar.

La infantería siciliana, que contaba con oficiales etruscos y latinos, romanos y tracios, se desplegó a continuación insólitamente protegida con los escudos y armada con una espada de aún más rara pequeñez que resultó demoledora, pues el golpe mortal se producía por parte de aquellos soldados en la lucha cuerpo a cuerpo y de abajo arriba, cortando, saizando y pinchando bastante antes que los atenienses pudieran asestar el suyo, de arriba abajo, y tan sólo después de levantar el arma con los dos brazos extendidos hacia atrás.

Esa diferencia de tan solo unos segundos en el golpe del hierro resultó invencible. Alcibíades perdió miles de hombres.

Pero pudo regresar a Atenas con los supervivientes.

Le recibió una comisión de los aristócratas enlutada y con los rostros escondidos bajo máscaras trágicas, que le parecieron en ese momento particularmente espantosas al estratega ateniense.

Observó sin embargo que, tras la teatral comitiva, se encontraba un pelotón armado, así que, sin siquiera bajarse de la nave, ordenó partir de nuevo del puerto.

Bajó a tierra cincuenta kilómetros más al norte y huyó solo a caballo hacia Esparta, solicitando refugio.

Los espartanos le abrieron las puertas y pudo reposar dos noches.

Mas, pasado ese tiempo, percibió Alcibíades que sus anfitriones habían cambiado de idea.

Y que planeaban en secreto entregarle a Atenas con objeto de conseguir, a cambio, la recuperación de varios prisioneros lacedemonios ilustres que se pudrían en las prisiones atenienses.

Huyó a la mañana siguiente en dirección a Persia.

Se ocultó en la satrapía de Tisafernes, quien le acogió generosamente.

Dos años después regresó a Atenas.

Como si nada hubiera pasado.

Y encandiló de nuevo a la aristocracia, y a un sector de la oligarquía, prometiéndoles, con su excelso verbo florido, una nueva era de gloria y abundancia mediante la conquista militar.

Esta vez de Creta y del norte de Africa.

Pero fracasó otra vez.

Y otra vez huyó a Persia, en esta ocasión, además, acusado de ateísmo e impiedad por los mismos que había seducido con su visión de una Atenas dominante en toda Grecia y en el oeste mediterráneo.

Su condena a muerte era segura.

Tisafernes había fallecido poco antes de indigestión, probablemente envenenado, debido a las perturbaciones políticas surgidas en Persia tras la muerte de Jerjes, así que solicitó asilo a otro sátrapa, Deleteo, antiguo aliado de Tisafernes.

Pero mucho habían cambiado realmente las cosas en Persia en tan breve espacio de tiempo.

Deleteo, ambicioso y loco, abrumado por la falta de dinero, ordenó su aprehensión, creyendo que el ateniense significaba oro y plata.

Y le encerró en una mazmorra.

Pidió el sátrapa rescate por Alcibíades a Atenas, creyendo sinceramente que un sobrino de Pericles costaría un tesoro.

Pero el nuevo estratega ateniense, Pirlón, ni siquiera contestó al embajador, asesinándole en las mismas puertas del antiguo palacio que una vez disfrutó el primero.

Deleteo, al enterarse, bajó él mismo presuroso y sin reflexionar a los calabozos, acompañado de una veintena de soldados.

Y asesinó a Alcibíades con su cuchillo de caza, dotado de un vistoso mango de cedro y ébano, mientras el antiguo gobernador se encontraba maniatado y semiinconsciente por los rápidos golpes previos a que le sometieron los soldados.

El día que Sócrates fue arrestado por la policía no se distinguió en nada de los demás que se sucedían con enojoso tedio en Atenas.

El preguntón se había levantado del lecho con el alba y sorbido el jarro de leche caliente que Jantipa, aun ofendida de manera crónica, insistía en servirle en su propia recámara, de las tres que poseía la humilde casa en que ambos residían.

Poco después, como era invierno, se había sentado el filósofo junto al fuego de la cocina, mirando detenidamente el crepitar de las llamas mientras su esposa, permanentemente en silencio, deambulaba por el hogar, arreglando cosas y murmurando otras acerca de la conveniencia de más muebles y utensilios.

Sócrates se encontraba esperando que aparecieran, como todas las mañanas, veinte, o quizás treinta, discípulos, algunos con tablillas de cera en las que apuntaban ciertas percepciones de los decires e interrogantes que surgían en las conversaciones, y otros, simplemente, con una túnica de lana de cordera ciñéndoles los hombros.

Estos solían ser los más callados y distantes, aunque no necesariamente los más necios o desinteresados, y el filósofo, sabiéndolo, solía dirigirles ciertas peroratas, aunque indirectamente, deseando, quizás, que participaran más en los diálogos que brotaban en la reunión.

Pero quienes se presentaron fueron cinco soldados armados, vestidos de manera desaliñada, con los rostros quemados, así como un mundano submagistrado, quien presentaba una titilación acuciosa en la mirada.

Tocaron en la puerta de madera con gran violencia, imponiendo su urgencia y autoridad.

Sócrates intuyó al instante que ese sonido intimidante era el anuncio de una catástrofe.

Pero jamás imaginó que tuviera algo que ver con su persona.

Pensó en el ataque sorpresa de los espartanos o de los persas.

Creyó por un instante en que sus padres queridos, a los que no veía desde hacía meses, si no años, habían fallecido, asesinados por ladrones.

O que había comenzado un gran fuego en la ciudad.

Por eso quedó sin habla, por primera y última vez en su existencia, cuando, tras abrir personalmente el portón, un par de policías le agarró por los brazos, le sacó del umbral y le arrastró de un solo tirón hacia una de las paredes de su propia casa.

¿No debió pensar entonces Sócrates, siquiera durante un átomo de instante, en imágenes fugaces de sus años de soldado, en la barbarie de la guerra, en la violencia monstruosa de la milicia?

El filósofo, con la venerable cabeza apoyada ásperamente contra el muro, los cabellos blancos y extensos revueltos, algunos introducidos en la boca, entre dientes y lengua, sintió que le rodeaban las muñecas con soga, una singularmente hispida.

-Ciudadano. ¿Eres el llamado Sócrates?

-¿Acaso puedo ser otro?

-¿Eres Sócrates?

-Si no lo fuera, ¿estaría entonces de esta tesitura, amarrado y violentado?

-De cierto que eres intratable, Sócrates. Llévalo.

El trayecto a la prisión fue largo.

La comitiva policial-judicial atravesó la ciudad, encabezada por el submagistrado, quien, a medida que avanzaba la mañana y las personas salían a su tráfico cotidiano en las calles y observaban curiosas el espectáculo de los siete hombres, uno de ellos un reo que arrastraba los pies, iba adquiriendo una arrogancia cada vez más estentórea.

Al tiempo, los soldados empujaban y golpeaban a Sócrates sin recato alguno hacia su edad y condición.

Poco después, un enjambre de niños y muchachos, ruidosos, alegres y brutales, comenzó a seguir de cerca al grupo, insultando e increpando al prisionero, a quien también arrojaban piedras y frutas podridas.

La prisión de Pertroas tenía un aspecto pavoroso.

Por dentro y por fuera.

Construida en el interior de una montaña, con objeto de ahorrar tiempo y dineros, poseía estrechas concavidades en roca natural que habían sido aprovechadas por los arquitectos del Estado para disponerlas como jaulas y mazmorras.

Un patio silencioso como una tumba, que cruzaron rápidamente, daba a la entrada a las galerías, casi a oscuras, con la excepción de unas pequeñas teas que apenas ardían.

El suelo, también excavado en el interior rocoso, presentaba desniveles muy acentuados, agujeros de considerables proporciones, charcos de agua grasienta y varios túmulos de paja en la que reptaban, se arrastraban y brincaban numerosas criaturas.

No había guardias en el interior profundo, excepto en un puesto rodeado de verjas de hierro, presidido por una gran mesa, en la que una decena de carceleros ingería en ese momento la primera colación del día.

Sócrates avanzó entre ellos con dignidad y en silencio, mientras era visto sin interés por los diez hombres de torso desnudo.

Observó el filósofo que varios de ellos portaban trallas, mientras que otros poseían finos garrotes de abedul rematados en una pera de madera sólida y rugosa, negra como la misma noche en la que ya se encontraba el preguntón.

Lo empujaron a un cubículo diminuto, en el que tuvo que entrar usando las manos como pies, apoyado en las rodillas, urgido por la premura de los cinco soldados que hasta allí mismo le escoltaron y que enfatizaron el maltrato precisamente en el momento en que penetraba en la ergástula, pateándole el trasero de forma infame, sin dejar de insultarle, a veces, con el término de “filósofo”, por lo visto el más intenso de los descalificativos que podían encontrar.

Sócrates, sin ver nada, no pudo erguirse por completo en el interior del habitáculo, pues el techo era muy bajo y le llegaba hasta debajo de los omóplatos.

Se sentó, pues, y, tanteando en la oscuridad, se apoyó en el muro nudoso situado justo enfrente de la entrada.

Durante un momento procuró escuchar en silencio los sonidos que se le manifestaran.

Tan sólo percibió ayes y gemidos persistentes y lejanos, de sus compañeros de confinamiento, dedujo.

Pero la soledad, tan reconfortante en el apuro, duró poco, ya que entraron también a gatas en la galera tres soldados y dos carceleros.

Ordenarónle tumbarse en el suelo boca abajo, y los celadores, blandiendo hierros y pesados martillos, clavaron grilletes y cadenas a la pared y, en un instante, aprisionaron las muñecas y los tobillos del reo, que quedó imposibilitado para moverse con respecto a muchos de los más simples gestos y elongaciones corporales, entre ellos, el extender por completo las extremidades.

No se desesperó ni tuvo miedo alguno Sócrates, clavado dos minutos después contra los muros de la prisión.

Tan sólo pensó en que era todo una simple equivocación.

Y que pronto saldría de aquel horrísono lugar que, por cierto, nunca había merecido una sola de sus reflexiones, ni le había sugerido idea alguna.

Para él, hasta entonces, era inexistente.

Jantipa, mientras tanto, había observado la marcha de su marido maniatado con una sensación de irrealidad.

Sólo había logrado mascullar su nombre cuando la comitiva hubo doblado la primera esquina.

Pero reaccionó muy poco después.

Se vistió rápidamente y cuando ya estaba en la calle vio que se acercaban Apolodoro, Fedón, Agatón y Aristodemo.

Todos ellos acudían en temprana hora a visitar a Sócrates.

Tras exponerles lo sucedido, Aristodemo sugirió acudir al palacio de justicia del *demo* para saber exactamente lo que pasaba.

Luego, en aquella untuosa mansión de la administración del Estado, se enteraron de que Sócrates estaba acusado de impiedad y de blasfemia.

Y que bajo ningún aspecto sería liberado antes del proceso.

Solicitaron permiso para visitarle en prisión pero les fue denegado.

Tres meses después, el propio Sócrates se enteró de las acusaciones gracias a uno de los carceleros, al que Fedón había conocido en una de las minas en que había trabajado, como capataz, y quien, tras sobornarle, había accedido a comunicar al prisionero los cargos y a pasarle ciertos alimentos, entre ellos, pescado ahumado y fruta, tan apetecida por el preguntón durante toda su vida, y ahora funestamente privado de ella.

Sócrates, todavía, pensaba en salir de la prisión en breve tiempo.

Pues entendía que fuera la que fuese la razón que le había puesto en ese lugar de muerte no podría perdurar.

Dedicóse, los tres meses siguientes que continuaron aún hasta la fecha del juicio, a rememorar diálogos y a pensar en el alma inmortal, así como en el origen de los contrarios, sobre todo, pues era clara su teoría de que un comienzo implica indefectiblemente un final, así como un final supone necesariamente un principio.

El proceso judicial fue breve.

Sus dos acusadores fueron Ánito y Meleto, dos políticos afectos a los sofistas que pretendían notoriedad en el *ágora* y que habían acudido en silencio, tiempo atrás, a varias de las reuniones en la casa del filósofo.

Sócrates, tras más de seis meses de encierro en la oscuridad de Pertroas, acudió, demacrado y ojeroso, mas aún desafiante, ante cinco jueces.

Uno de ellos, Cleonto, jurisconsulto experimentado, uno de los investigadores del célebre expolio de los socorros que Atenas había enviado a Corinto tras un maremoto y que fueron robados por dos generales ilirios contratados como mercenarios por el entonces estatega ateniense, dispuso ante el medio millar de personas que acudieron a la sesión, en condición indiscriminada de jurado y público, que, de acuerdo al código penal vigente en la *polis*, de encontrarse culpable al reo de los delitos de los que se le

acusaba, la sentencia sería estimada posteriormente por el tribunal, tras contarse las manos alzadas de la muchedumbre en uno u otro sentido, el de la inocencia o el de la culpabilidad.

Al instante, oyóse un murmullo general de decepción, pues la mayoría del público sabía que, sobre esas bases, el filósofo podría librarse de las acusaciones con una simple multa.

Cleonte, condenando con sus ojos severos la actitud del populacho, y sin embargo agente respetable del sistema judicial, invitó con un gesto a exponer sus alegatos a los denunciantes, no sin antes prometerles protocolariamente que serían escuchados con toda la atención que el caso exigía.

Habló primero Ánito:

-Jueces y pueblo de Atenas. El ciudadano Sócrates es impío y blasfemo. Y por esas graves y pecaminosas razones le hemos denunciado ante vosotros. Yo mismo escuché en su propia casa los insultos constantes a los dioses, empezando por Atenea, nuestra divina madre, a la que llamó “ciega salvadora de simios y camellos”, para continuar durante meses con Afrodita, tachada por este subversivo de “prostituta calva que se inserta plumas de gallina en el trasero” y terminando con Zeus, al que calificó de “adúltero proboscido incapaz de idear pero sí de convertirse en vil ganado para copular con una mortal y orinar lascivamente sobre ella, como el buey anciano en la vaca”. Y aseguró, oh jueces, oh compatriotas, que los dioses atenienses estaban más cerca de los animales de tiro que de los humanos, sobre todo de los filósofos, quienes se creen los más humanos de los hombres, según él mismo ha dicho, y, por tanto, según su pecaminosa conclusión, son mejores que todas las criaturas terrenales y celestiales.

Y luego Meleto:

-Así es, jueces de Atenas. El ciudadano Sócrates ha maculado a los dioses con sus palabras. Pero siendo éste un gravísimo delito, resulta exigüo con respecto al que el infame perpetró a continuación. Sabed, oh magistrados, que ha desparramado el protervo Sócrates ese verbo mefítico entre los más jóvenes de los atenienses, corrompiéndoles. Les ha relatado intolerables fábulas sobre la existencia de un único dios que todo lo puede y todo lo ha creado y en todas partes se encuentra su espíritu, incluso en el aire que respiramos. Sócrates ha mortificado nuestra tradición religiosa, que es exactamente lo mismo que mancillarnos a nosotros todos y a nuestros hijos. No cree el malvado en el Olimpo ni en ninguno de sus divinos moradores y entrega la moral y la conciencia de los púberes de Atenas a especulaciones ridículas sobre esa deidad inexistente e incapaz. ¿Qué sería de nuestra *polis*, oh estimados ministros, sin la protección de Atenea y de Apolo? Aún más, ¿que sería de nuestras vidas carentes de la presencia de Dionisos? Pensad en eso, nobles magistrados, en esta hora suprema en la que el orden ha de ser restablecido y los culpables castigados con todo el rigor de la ley.

Cleonte, sentado con prioridad con respecto a los otros jueces en una poltrona levemente más alta y enriquecida en sus adornos que las demás, parecía cansado cuando miró a continuación al venerable preguntón, invitándole a la refutación.

Este peroró insensatamente.

Y cometió el tercer gran error de su vida, tras alistarse en el ejército y contraer matrimonio con la desdichada Jantipa.

Dijo Sócrates:

-Magistrados. Es absurdo creer que mis ideas sobre los dioses, unos y otro, puedan destruir la *polis*. No sólo no la destruirían sino que contribuirían a su grandeza. Y en verdad os digo que en efecto contribuyen. Claro que no en su vasta dimensión física sino en la espiritual, aún más gigantesca si lo pensáis bien, pues, creedme, ilustres, cuando señalo que la ciudad en la que residimos posee alma. Yo he

engrandecido esta ánima del conjunto de los atenienses, ya que ni siquiera, infelices, era percibida por nadie antes de mí. Y la he exaltado día a día, hora tras hora, dirigiéndome personalmente a cientos, si no a miles de atenienses, a los que he hecho reflexionar sobre su condición humana, que, oídme bien, desconocen por completo. Así es, eminencias, los atenienses no se conocen a sí mismos y viven existencias ajenas, bestiales, inmundas, bárbaras, imitadas candorosamente unas a otras, perdidas en la oscuridad, sin luz que las guíe a un puerto confiable, que no es otro que en el que descansa el demiurgo, este que mis acusadores denuestan y que sin embargo todo lo ve, todo lo oye y todo lo sabe. Sin el demiurgo, vosotros, sin excepción alguna, estaríais en el fango, no veríais más que barro, pegado como se encuentra a vuestros globos oculares perpetuamente, incapaces de imaginar que con sólo alargar la mano hasta el rostro podríais remover con los dedos, delicadamente, el limo que os ciega y con el que enfrentáis aterrorizados la muerte. Una muerte, en verdad, que no es otra cosa que vida, vida eterna e inmortal, tras cruzar la linde que separa el mundo corpóreo del mundo de las ideas libres de materia y de los espíritus.

Todos los socráticos palidieron al escuchar esta defensa.

Parecía inconcebible que fuera Sócrates el que la hubiera enunciado.

¿Por qué esa soberbia pueril, esa torpe apología de sí mismo en momento tan delicado?

Era obvio que Sócrates había engrandecido Atenas.

Con su sola presencia.

Pero ¿era prudente resaltarlo en tal tesitura?

-Es más, preclaros consejeros, yo, Sócrates, el admirador y el contemplador, os digo hoy en este lugar, en el que la ciudad me juzga, tan severamente, por cierto, que la *polis* debería no sólo abortar este proceso al instante sino encumbrarme, también en el acto, a su gobierno. Pues yo debería regir Atenas sin tener que preocuparme siquiera de mi alimentación o de mi vestido. Yo soy el más sabio de los hombres, al decir del oráculo de Delfos, y vosotros me tratáis como a un ladrón de puercos.

La expresión de Cleonte, al acabar el preguntón su defensa, no varió del todo, pero una sombra alrededor de los ojos apagados pareció sugerir el aumento de su cansancio.

En silencio, miró a su izquierda, a su derecha y hacia el frente semicircular en el que se encontraba público y jurado.

-Habéis escuchado, ciudadanos atenienses, las exposiciones de las partes, cuya finalización en este instante nos produce el inicio de una nueva fase del proceso penal en el que nos encontramos. Preguntaré a continuación a los denunciantes la pena que piden y al denunciado la que cree que se le debe imponer. Más tarde, los ciudadanos levantarán las manos para indicar si el acusado es culpable o inocente. Denunciantes, hablad.

-Solicitamos la pena de muerte.

Cleón giró de nuevo la cabeza, hasta entonces rígida en su escudriñamiento de un punto situado más allá de las paredes del palacio de justicia, en dirección a los fiscales y acusadores.

-¿Bajo qué méritos, ciudadanos denunciantes?

-Impiedad y blasfemia.

-La pena que correspondería de ser encontrado culpable es una multa.

-Juez Cleón, entendemos que esos cargos en realidad suponen, conjugados, el de traición a la patria. Por lo que Sócrates ha de ser condenado a muerte.

Cleón miró al preguntón.

-Denunciado, ¿cuál es tu sentencia?

-¡Por el perro! Muerte, oh juez. ¿Para qué quiero vivir en una ciudad que me condena a perecer sólo por mantener un parecer opuesto, una creencia propia e independiente?

Los socráticos sintieron una daga atravesarles el corazón cuando su maestro terminó de hablar.

Era evidente que Sócrates pretendía el suicidio.

Pues, si hubiera querido otra cosa, habría insistido en la posibilidad expuesta por el juez, la de una simple multa por impiedad y blasfemia.

Pero no la muerte por traición a la patria.

-Sea, denunciado. Si el jurado te encuentra culpable, serás condenado a muerte. Ciudadanos, levantad las manos quien crea al denunciado culpable.

La mayor parte de las personas reunidas alzaron sus brazos.

Cleón ni siquiera creyó necesario contar a las que entendían que era inocente.

La diferencia era abrumadora.

-Denunciado, eres reo de muerte por los delitos de blasfemia, impiedad y traición a la patria. Tu ejecución tendrá lugar en dos meses desde este día. Levántese la sesión.

Sócrates no miró a nadie y todos miraron a Sócrates, quien fue retirado de su tarima por tres guardias armados en dirección a los bajos del palacio.

Fedón juró más tarde que había notado cómo el labio inferior del anciano preguntón temblaba con violencia, en un rostro por lo demás pálido y cenizo.

Los socráticos regresaron a casa del filósofo todos juntos y en silencio.

Mientras, la noticia, corría por toda la ciudad.

Fueron por vez primera atendidos en la residencia del preguntón por Jantipa de manera amable, aunque grave y sin expresar una sola palabra.

La mujer estaba lívida de tristeza, indignación y vergüenza.

Todos sintieron de pronto, en aquel lugar, la dolorosa ausencia del maestro.

Con el paso de las horas se acercaron otros socráticos, hasta conformar una pequeña muchedumbre de lánguido ánimo y preocupación.

Tarde se dieron cuenta de que otra muchedumbre, aún mayor, y manifiestamente más exaltada, se agrupaba en el extremo de la calle en que se encontraba la residencia de Sócrates.

El primero que la oyó fue Critón.

Miró sin saber por qué a su izquierda, encontrándose apoyado en uno de los muros de la casa y vio a la horda vociferante que se acercaba muy lentamente, pero de forma amenazadora.

Apenas había en ella mujeres y desde luego ningún niño.

La mayor parte de los que la integraban avanzaban armados con palos, varas de avellano, largas y flexibles, garrotes, guadañas, y teas encendidas, hermosas con su fulgor anaranjado y visibles con exactitud pese a lo avanzada de la mañana.

Ese conjunto humano desprendía una energía confusa, contradictoria, oscilando entre la ridiculez más deshonrosa y el heroísmo más elevado, mientras avanzaba doblada con rencor sobre sí misma.

Era claro que muchos de los que lo integraban se daban ánimos mutuamente en secreto.

Critón no terminaba de comprender qué era lo que ocurría exactamente con la turba.

Sólo percibía el brillo deslumbrante de la incoherencia brutal que emanaba de uno, y de otro y otro, de todos los individuos que la conformaban, gentes del pueblo que conocía de vista y con las que incluso había tratado en ocasiones.

Personas todas decentes y trabajadoras a las que había comprado membrillo y queso o había cedido el paso en el callejón de Psique, tan estrecho como para no pasar una sola persona de frente, sino de lado.

Obreros, campesinos, comerciantes, aguadores, tenderos, lavaderos, todos ellos apiñados y encorvados, juntos como ovejas, rozándose sin apenas notarlo unos con otros, marchaban dando voces por la calle arriba con lentitud, blandiendo, sin armonía ni belleza ni gracia, los utensilios de trabajo que por lo general utilizaban en sus labores.

¿Por qué?

Fue Platón quien entendió lo que ocurría, nada más observar a la horda.

-¡Corred, por vuestra vida!

Y él mismo salió huyendo, con su gigantesca humanidad, hacia el extremo opuesto por el que avanzaba la turba de las expresiones torcidas.

Critón no reaccionaba, empero.

Al ver huir a uno de los filósofos, el amenazador grupo rompió a correr hacia la casa de Sócrates, como si hubiera sido la galopada de Platón una señal previamente acordada entre todos.

Y al primero que engulló, como una boa a un venado, fue al propio Critón, a quien, después de golpear, dejaron tirado en el suelo, inerte y semiinconsciente.

En pocos segundos, los goznes de la casa de Sócrates se cerraron, con más de veinte discípulos encerrados en ella.

Otros, acaso quince o veinte, habían corrido en la confusión, aunque algunos de estos habíanse enfrentado con los puños a la multitud, sobre todo porque, en cierto momento, la huida se hizo imposible, ya que muchos de los agresores se agolpaban desordenadamente contra la puerta.

-¡Muerte a los filósofos!

El grito, constante, eurrítmico, feroz, fue oído por Critón poco antes de perder el sentido.

Los exaltados asieron firmemente las teas que habían traído y se dispusieron a prender fuego a la casa.

El primer intento fue en el tejado, que contenía abundante paja y madera reseca, y en donde arrojaron una tea encendida, que, tras girar sobre sí misma en un recorrido elíptico, cayó sobre el centro exacto rectangular, justo donde se encontraba un leve túmulo de briznas.

Y comenzó a arder.

Dentro, Jantipa lideró la huida de todos los que se encontraban encerrados.

Simplemente empujó con su corpachón un pequeño muro del minúsculo patio que se extendía en la parte de atrás de la casa y que subdividía otro arriendo vecino.

Las piedras cayeron pesadamente, franqueando el paso a los fugitivos.

Cruzaron a la próxima residencia y salieron caminando con premura por una calle transversal.

Se dispersaron de inmediato por los angostillos y los callejones del *demo*, mezclándose en ocasiones con otras personas que deambulaban en sus quehaceres, ajenas a los incidentes.

Algunos se dijeron, antes de separarse, que no convendría acudir al domicilio de cada uno.

Pero pocos sostuvieron la atinada medida.

Después, cuando la casa de Sócrates ardía como una pira de papel, se presentó la policía.

Los vecinos acusaron a los socráticos de haber iniciado un conflicto.

Y los soldados los creyeron.

Rápidamente el líder guerrero se retiró de nuevo para denunciar ante el Areópago los desórdenes públicos creados por los filósofos.

Y se decretó la detención de todos ellos, como cautelar medida.

Algunos lo fueron, en efecto, en sus residencias particulares, de noche, a las que acudió el ejército, llevándoselos al palacio de justicia, lugar en el que habían estado esa misma mañana.

Otros habían renunciado a dormir en su casa y se refugiaron en los hogares de amigos y vecinos, aterrorizados.

Platón se escondió en la casa de uno de sus ricos parientes, Parteos, un anciano ex militar que se las había visto en Persia con los medos durante la campaña de Critias el macedonio y al que excitaban las situaciones irregulares.

Y fue el que inició las gestiones para revertir la situación.

Pero hubo de pasar cinco días durmiendo en un sótano húmedo y fétido en el que ni siquiera los esclavos de la familia osaban entrar a limpiar.

El padre de Platón, Proteico, se enfadó mucho por la situación en que su hijo se encontraba.

Anciano y desafecto hacia su primogénito, entendió, con todo, que era víctima de una injusticia.

Y optó por presentarse ante ciertas autoridades estatales.

Verdad que su hijo era ya un cuarentón pero no por eso habría de abandonarle.

Entre otras cosas porque la cuestión de la súbita hostilidad general hacia los filósofos creada por el juicio y la condena de Sócrates, este irritante sabelotodo, odioso pedante, y quisquilloso enano, le resultaba muy sospechosa.

Proteico había sido en su juventud un burócrata en la administración de Pericles y cuando, años después, fue destinado a la gestión de la flota que el estratega deseaba establecer para dominar el Mediterráneo, tanto occidental, pero especialmente el oriental, frente a la amenaza de espartanos, persas y piratas, se distinguió en la planificación, tanto de la construcción de naves como en su disposición estratégica, tras haber realizado un estudio de los puntos geográficos más amenazadores para Atenas.

Pericles quedó gratamente impresionado con el joven y, con los años, lo integró en uno de sus primeros círculos, hasta que conformó, finalmente, su grupo de asesores técnicos y políticos.

Proteico, quien se había definido políticamente en ese período por el partido aristócrata, convencido de que el demócrata y el oligarca suponían la ruina para la ciudad, gozó durante años de influencia y pudo obtener una gran fortuna, hasta que tras el fallecimiento de Pericles quedó a la intemperie pública, sin protector.

Y aunque intentó, con la serie de nuevos demagogos, tiranos y estrategas que dirigieron el gobierno, recuperar su antigua dignidad y posición, con el apoyo de las autoridades de la partida aristócrata, no lo consiguió.

Se encontraba entonces el progenitor platónico retirado de la vida pública, dedicado a su huerto y a la supervisión, lejana y en cierto modo indiferente, de sus negocios particulares, pero mantenía una sensibilidad aguda con respecto a los cambios de los vientos políticos, a su perenne mutación, a su inestable equilibrio, a su fugaz estela, que acariciaban hipócritamente el rostro del Estado como una suave brisa de ternura y de miel que en ocasiones no permitía observar el tifón destructor que arrastraban tras de sí.

Y había olfateado cierta mudabilidad en los generales del ejército en los últimos tiempos.

Los altos mandos militares, de repente dióse cuenta, estaban callados en sus funciones y deberes desde un cierto tiempo atrás.

Por lo general expansivos y tendentes a la fanfarronería y a los banquetes, de buenas a primeras, sin razón que explicase el cambio drástico, se mostraban silenciosos y distanciados, austeros en sus costumbres, propensos al hermetismo y al secreto.

Había por lo demás un jefe entre ellos muy activo, Pétreas, que había sido formado en Esparta, pues su padre era ateniense y su madre lacedemonia, aunque su dinamismo era en verdad opaco, inaprehensible, de difícil interpretación.

Mostrábase muy preocupado por el presente y el futuro de Atenas, a la que aseguraba amar más que a sus padres y más que a sus propios hijos.

Y sabíase que lamentaba particularmente las actitudes liberales del pueblo ateniense en general y de la juventud en particular.

¿Había realizado Pétreas una conspiración contra los filósofos, el grupo humano más indisciplinado, crítico, arrogante e insolente de la *polis*?

¿Era una acción estratégica previa a otra de mayor calado político y militar?

El padre de Platón nunca lo supo, pero advirtió a su hijo, tras acercarse embozado y de noche a su fétido sótano, donde se escondía, meditabundo, que alguna medida aviesa podría estar gestándose en las entrañas del ejército ateniense, y que, por alguna razón, aquella parecía apuntar arteramente hacia los filósofos.

Así que era mejor huir por un tiempo de la *polis*.

Pero la presión judicial sobre los socráticos disminuyó ostensiblemente después de que Proteico hubiera hablado con antiguos camaradas del partido aristócrata, tan refractario, por lo general, a concordarse en asuntos que no afectaran a sus intereses más inmediatos o con cualquiera que lo necesitara.

Platón no huyó, al menos en ese momento.

Tampoco Fedón.

Ni Aristarco

Ni Exécrates.

Ni la mayoría de los socráticos.

Algunos, por el contrario, sí lo hicieron, aunque abandonaron la ciudad bajo el pretexto de unas vacaciones en la costa jónica o de la asistencia a Delfos o a Eleusis.

Dos semanas después, las órdenes de arresto fueron anuladas provisionalmente.

Y a los socráticos se les permitió regresar a sus asuntos habituales.

Las masas en el *ágora*, en rara coincidencia con el nuevo criterio de la autoridad judicial, parecían calmadas e indiferentes hacia los meditadores.

Pero casi todos ellos actuaron desde entonces con gran formalidad y disimulo, obviando en ocasiones presentarse en público o acudir a tabernas o a banquetes.

Muchos alteraron deliberadamente sus costumbres y dejaron de relacionarse entre sí.

Sólo unos cuantos decidieron intentar ver a Sócrates por última vez, con la esperanza íntima de convencerle para que huyera a Sidón, cuyo soberano podría acceder a otorgarle refugio y quizás un empleo en la biblioteca.

Lograron el permiso, que fue concedido en pocos días, sin excesiva laboriosidad ni para obtenerlo ni para otorgarlo.

Y Fedón, Cebes, Simmias, Apolodoro, Critón, Platón y Jantipa acudieron a la prisión, siendo conducidos sin incidente alguno hasta la mazmorra donde yacía Sócrates, desmayados los miembros bajo los hierros y grilletes, mas sereno y esperanzado.

Incluso contento, de acuerdo a lo que Platón escribió posteriormente.

Y dijo.

-Amigos .Os agradezco esta visita, que será la última. Como última será la ocasión en que nos veamos. Pues, ¿acaso no es este el mejor de los lugares de la tierra

para despedirse alegremente de ella? ¿Partiendo desde aquí, esta horrorosa mazmorra donde mis semejantes me han engrillado y me han humillado, por razones más bien confusas, vinculadas todas ellas en todo caso a la mentira y a la injusticia, poseeré alguna vez el deseo de regresar? ¿Experimentaré el afán de volver a ser ofendido y maltratado una vez que haya penetrado en el Jardín de las Hespérides, quizás, sitio opuesto en su totalidad al mundo y por ello edénico? Estimadísimos discípulos, en verdad os pregunto, ¿no es motivo de alegría el partir del horror sabiendo que al final del viaje se encuentra la dicha infinita? No temed, pues, sino que, más bien, alegraos sinceramente por mí. Y si alguno ha de ser abatido por la tristeza, esta baja divinidad que a unos enferma y a otros procura un ambiguo placer, en la turbamulta de la desesperación que crea en el que la padece la locura infernal de ser superior a los demás que no desesperan, sed vosotros, que no morís, sino que vivís, los apesadumbrados. Pues existís en este orbe maldito, submundo que es la verdadera prisión, lugar de perpetua querrela entre los cuerpos, mezclada, como sabéis todos, de manera confusa y desordenada con los apetitos.

Jantipa no pudo reprimir entonces los sollozos, causando un repentino silencio en los demás, absortos en las frases de Sócrates.

No existió, sin embargo, azoramiento ninguno entre los amigos, según señaló Fedón, sino sólo una total ausencia de palabras

La esposa del filósofo, ante esa falta general de emociones, avanzó en su desconsuelo, manifestando ahora, además de gemidos, algunos gritos, vehementes, hipados, leves convulsiones del tronco, movimientos oscilantes de la cabeza y del cabello, que tendían en opuesta dirección, aún peinado y ordenado, así como ciertos gestos con manos y brazos con los que una veces se frotaba el rostro y otras parecía abrazarse la frente ella misma.

Había una gran desarmonía en su persona, un desorden integral, una desorganización íntima, una confusión de emociones y ademanes.

Y los rostros solemnes de todos los demás que allí se encontraban parecían aún más majestuosos con el contraste.

El silencio continuó, así como los aspavientos de la mujer, indetenibles, inconsolables al parecer, apasionados en su poderosa desolación.

-Que alguien se la lleve a casa.

La voz de Sócrates había resquebrajado el ambiente de piedra.

El tono del preguntón restalló en la bóveda irregular de la celda de forma áspera, acaso muy sensible, paradójicamente, en su rigor.

Fue Critias quien tomó por los hombros a Jantipa con delicadeza y la empujó suavemente hacia la salida.

La mujer apoyó su cabeza primero en el pecho del socrático y luego la mantuvo baja hasta que abandonó el recinto.

No miró una sola vez hacia su marido ni hizo gesto alguno para acariciarle o abrazarle en un último aspaviento.

Sócrates sí la observó en inexpresivo silencio mientras salía.

-Os decía, hermanos. La muerte no es otra cosa que pura ausencia de este mundo, ámbito del mal, sala de la perversión, laguna de la desesperación. Es, el perecer, umbral de otro. Es pura y delicada felicidad. Es el trance más dulce de nuestra existencia mundana. Creo que además, al morir, las partículas de nuestra alma revuelan por unos segundos sobre el cuerpo fallecido para luego concretarse en el espíritu de nuevo, como uvas violáceas en un racimo del que han estado brevemente alejadas. En esos soberanos instantes, el demiurgo, o mejor, su espíritu, que es en realidad el mismo que el de todos nosotros, insufla en ellas el conocimiento universal. Y de perecer ignorante en el orbe

material, renacemos en el ideal pleróicos de saberes, felices en nuestra sabiduría instantánea y sin embargo eterna.

Fedón señaló:

-Maestro. Si es así, te felicito. Tendrás necesariamente que estar feliz, como bien revela tu expresión, en estos momentos, pues sabes que vas a morir. Pero, ¿cómo es posible que no tengas miedo? Es más, Sócrates. ¿Por qué no huyes y salvas así tu vida?

-Fedón apreciado. Es mejor ser víctima de una injusticia que perpetrarla. Mi muerte es injusta, aunque yo mismo la haya pedido. Lo es porque los cargos son absurdos. Inexistentes. Y de esa inexistencia se me arrebató mi existencia. Pero, ¿qué mejor que morir en esta vida? Fedón, ¿no lo comprendes? La muerte es justamente lo más admirable de esta existencia porque significa justamente su fin. Es cierto que el demiurgo y otros dioses benevolentes nos poseen. Somos su patrimonio, en efecto, y como tales, como posesiones de las divinidades, ellas disponen a su criterio de nuestra vida y de nuestra muerte. Al perecer yo por un conjunto de circunstancias no incurro en una ofensa contra las deidades, antes bien, las enaltezco, manifestando con ella mi esperanza en su divino juicio, en su propia condición de ser o de seres supremos, que desde luego despreciaría negándome a morir. Pues, si no quiero morir, si deseo continuar viviendo de la única forma que se puede en este mundo, la miserable e ignorante, si me aferro a ella, tan oscura y desagradable, es que entonces no creo de verdad en el demiurgo. La única diferencia es que yo voy a perecer con mis ojos repletos de felicidad, adelantándome a las mundanas normas atenienses, ingiriendo el veneno de cicuta que mi querido Platón ha traído ahora consigo, ¿no es así, oh gran forzudo?

Platón asintió en silencio y sacóse de la túnica, que se levantó hasta casi la cintura, una vejiga de buey pulimentada y rebosante de una sustancia que redondeaba la tripa como si se tratara de un gran sapo de color ocre.

Se la acercó a Sócrates, que sonrió al tomarla en sus manos, las dos, apretando el recipiente, con una rara felicidad brillante en sus ojos rodeados de grandes bolsas con los bordes arrugados.

Pero ese gesto de alegría en el preguntón, que ya había dejado de realizar inquisiciones, provocó el contrario efecto sobre Apolodoro, que se dejó caer ruidosamente sobre el suelo, sentándose sobre las posaderas aunque con la impresión, generada en todos los demás, de que en verdad se había derrumbado por la emoción, incapaz de soportarla.

Se agarró las rodillas con los brazos y hundió la cabeza, hipando de igual forma que Jantipa lo había hecho con anterioridad.

Sócrates lo observó unos segundos pero no dijo nada.

Su expresión de satisfacción continuaba en su rostro, impenetrable a cualquier otra emoción.

Habló Apolodoro.

-Maestro, si dices que es mejor no perpetrar una injusticia que padecerla ¿por qué te das muerte, que es un acto ilícito, contrario a la ley de los hombres y a la de los dioses?

-Tienes razón, Apolodoro, el justo. Y siempre he observado, mi querido amigo, tu particular interés en preservar la justicia en todos tus actos racionales, aún los más nimios e insignificantes. Sé que eres favorito de los dioses por ello y cuando te llamen a su lado te encontrarás sentado eternamente a su derecha, en los cielos. Pero ante todo eso, superior al razonamiento que con tanta precisión y virtud has expuesto, se encuentra la propia felicidad de la muerte, que es libertad, pues estamos, os digo una vez más, encerrados en la prisión del cuerpo. Y, en mi caso, en una prisión que

aprisiona la materia que a su vez aprisiona el espíritu. Es cierto que sólo los dioses tienen el derecho de quitarnos la vida, pero es claro para mí que estas circunstancias, en las que una condena a muerte revolotea como una mariposa sobre mi cabeza, han sido producidas por los hados, es decir, por los propios dioses. Vivo, pues, una excepcional invitación de las deidades para partir hacia sus reinos y planetas. Quizás se hayan apiadado de mí y deseado que muriera cuanto antes. Es posible asimismo que me tengan preparada una reencarnación, que yo por cierto no desearía, pues mi fervor es permanecer en la bóveda celeste como espíritu universal.

Cebes añadió, críticamente:

-Sócrates, es muy sensato lo que dices. Pero los sensatos desean vivir. Y sólo los insensatos procuran morir

-Así es, Cebes, mi buen zoilo, pero yo soy un filósofo. Lo que es sensato para un hombre *pandemo* no lo es necesariamente para mí ni para ninguno de los que aquí nos encontramos. Y sabemos que quienes practican la filosofía están en cierto modo muertos o moribundos, pues es la muerte lo que más ansían y ¿cómo han de ser calificados de insensatos al encontrarse en el preámbulo de su más precioso objetivo? Los hombres *pandemo* ocúpense de placeres como la comida, la bebida y el amor. ¿Son estos dignos placeres de un filósofo? No ¿Y cuáles son entonces? Los del razonamiento, los de la psique y los del espíritu. Si sabemos el decurso del espíritu, su alfa y su omega, encontramos que el placer más excelso del filósofo ocurre precisamente después de la muerte del cuerpo, su gran enemigo en este mundo bajo e infame, injusto e impío. Y Cebes, no olvides que es la sabiduría la recompensa, es decir, todo lo contrario de lo que el cuerpo y sus apetitos nos impide obtener en el astro de la materia en que por desgracia nos encontramos. El cuerpo nos aturde con enfermedades, con deseos, con miedos, con angustias irracionales, con la perentoria necesidad de alimentarnos y de vestirnos, y, de esa forma tan penosa, es de todo punto imposible alcanzar la verdad, el conocimiento. Ni siquiera, por culpa de su atracción irrefrenable por la riqueza y el dinero, podemos dedicarnos verdaderamente a filosofar. Es pues una vida de animales, que no puede ser examinada con serenidad. Y así vivimos todos. La muerte es entonces la suprema liberación de ese engendro al que los dioses nos han esclavizado por nuestro antiguo pecado original, por el que fuimos la humanidad castigada a errar en la oscuridad, a vagar como bestias por el mundo, a languidecer como vegetales en nuestra pequeña habitación aislada de todas las demás, asfixiando nuestro deber y nuestro amor por el conocimiento absoluto, cosa por otra parte imposible. Y en ese desdichado estado inexacto se desarrolla nuestra vida. Si algo podemos saber o conocer acá es mediante el alma, una de las raras veces en las que el cuerpo puede, siquiera por unos instantes, desaparecer de nuestro ser. La impureza de lo corpóreo se desvanece tras la muerte y el alma ingresa en la sublime pureza de la inmaterialidad y del pensamiento.

Fedón volvió a mostrarse entonces feliz con la decisión de morir de Sócrates, tras porfiar brevemente en su interior por el amigo y maestro al que no volvería ver en este mundo, comprendiendo que así sería de nuevo sin embargo una vez que los dioses le otorgaran a él mismo la gratificación del fallecimiento.

-Sea, Sócrates. Ingiere pues tu elixir de muerte cuanto antes.

-Así lo haré, amado Fedón, mirando por cierto tus ojos benevolentes, los del discípulo que entiende a su maestro y como él ansía sus cosas dichas y pensadas.

Sócrates bebió pero mientras lo hacía no existía en su expresión ni gozo ni alegría, aparentemente.

Su barbado rostro habíase tornado de pronto mucho más albo de lo habitual.

Unas perlas de sudor refulgían en sus sienes y en la frente, arrugada y atravesada por dos pliegues de larga extensión, que casi ocupaban toda la superficie entre ambos lados del cráneo.

Tenía cerrados los ojos.

Tras apurar el cáliz, lo dejó caer torpemente en el suelo.

No porque el tóxico hubiera comenzado a hacer efecto sino porque, debido a la eficacia asesina de los hierros que le mantenían aprisionado los miembros, no era capaz, ni él, ni cualquier otro reo de esa prisión, de manejar brazos o piernas con propiedad.

A continuación se recostó como pudo en el suelo, apoyando la cabeza y parte del tronco en la pared.

Colocóse los brazos sobre el pecho, cruzados, y suspiró profundamente.

Era esa exhalación el único ruido que rompió el silencio del calabozo, colmado de respeto y de veneración.

Fue Platón el primero en sentarse con agilidad y lentitud en el suelo, con las piernas cruzadas y la cabeza erguida, mirando fijamente a Sócrates.

Los demás le imitaron, rodeando en semicírculo al preguntón, que continuaba en silencio.

Fedón, que se encontraba muy cerca del cuerpo del filósofo, dejó caer su mano sobre la izquierda del yacente, apretándosela con ternura.

Pero Sócrates no abrió los ojos.

Ni tampoco volvería ya a abrirlos.

Diez minutos después su cuerpo sufrió una serie de convulsiones, de distinta violencia, y unos gorgoteos provenientes de algún lugar muy hondo de su pecho se manifestaron entre sus labios entreabiertos, en una baba lechosa que comenzó a fluir, alcanzando el mentón, la garganta y el pecho del filósofo..

Apolodoro no pudo tolerar la agonía de su amado maestro y rompió de nuevo a llorar quedamente.

El brete distrajo a todos y cuando regresaron sus miradas hacia el moribundo, este ya había fallecido.

Aún permanecieron en silencio, observando el cadáver de Sócrates, unos minutos.

El primero en levantarse fue Platón, otra vez, quien, sin expresar nada, abandonó con cierta precipitación el calabozo infecto.

También salió presuroso de la prisión, dirigiéndose a su residencia.

Sin decir nada a nadie, empaquetó sus pertenencias.

Dos horas después de la muerte de Sócrates ya se encontraba a varios kilómetros de distancia de Atenas.

Vagó durante doce años por las villas costeras, y algunas del interior, del Mediterráneo oriental.

Trabajó como peón, aguador, agricultor y carpintero.

También como maestro de hijos de prósperos comerciantes.

Fue bien aceptado en particular en Siracusa, cuyo tirano, un hombre anómalamente afecto al pensamiento y al conocimiento filosófico, preguntó a Platón, durante años interminables, acerca de las ideas, el ser, el conocimiento, el alma y, sobre todo, el escenario posible tras la muerte.

Mostró por cierto atracción por Plutón, juez de las almas de los hombres muertos que atravesaban la laguna Estigia en la barca de Caronte para enfrentarle, y de sus dos magistrados auxiliares, dispuestos por Zeus en las puertas del Hades para que le vigilaran y evitar con su rigor que no se enterneciera con las desgracias de los espíritus humanos en la tierra.

Y el tirano siracusense dejó de tener miedo a la muerte desde entonces, gracias a las enseñanzas platónica, y para siempre jamás.

Liberado de una carga que hasta entonces le era insoportable, volcó su afecto, de manera desmedidamente espléndida, sobre el filósofo ateniense, quien pronto se convirtió en figura respetable en la corte.

Aprovechando esta influencia, intentó establecer una *polis* ideal, gobernada por filósofos, en la que imperara la concordia y la armonía entre unas clases sociales, perfectamente definidas en sus funciones, y liberadas de deseos individuales torpes de pertenecer a otras que no les correspondieran a los insensatos de turno.

Pero fracasó.

Y volvió al camino.

Regresó finalmente a Atenas, dispuesto a participar en la política, convencido de que podría corregir los errores que se manifestaron en Siracusa.

Pero también fue imposible.

Apenas le tomaron en serio guerreros, aristócratas, artistas y comerciantes.

Decepcionado, juró no volver a la cosa pública en lo que le quedara de vida.

Fundó entonces la Academia y permaneció en ella cuarenta años, hasta su muerte.

Fedón sí se despidió de los demás socráticos al salir de la prisión en la que había muerto Sócrates, pero abandonó también Atenas, a la que no regresó jamás.

Optó por trasladarse a Elis, a la antigua casona familiar, e implantó allí mismo una escuela de filosofía que durante muchos años fue próspera.

Apolodoro decidió olvidarse de la filosofía para dedicarse a la poesía trágica.

Escribió varias obras pero se vio envuelto en un grave escándalo de fraude y fue condenado a morir por lapidación ocho años después.

Cebes estuvo dedicado a las clases de retórica y, al fin, defendió a los oligarcas en el *ágora* por dinero, acabando sus días escribiendo piezas políticas sectarias para los candidatos a la carrera de magistrados y para otros hombres públicos.

Falleció a los sesenta y cinco años, triste y solo.

Critón contrajo matrimonio con una viuda de gran riqueza, a la que sedujo por su porte apolíneo y por los conocimientos socráticos, a los que la mujer, quien le despreciaba en público, era terriblemente sensible en privado, en la soledad compartida del lecho nupcial.

Exécrates también dejó la filosofía y continuó la carrera de médico que había iniciado su abuelo y seguido su padre.

Convirtiéndose en figura social de relumbrón y terminó su existencia bruscamente, tras intoxicarse con vino en un banquete.

Jantipa no se volvió a casar.

Regresó a la casa de sus padres, donde su madre falleció días después de su vuelta, por lo que el progenitor la creyó funesta.

Temiendo correr la misma suerte, dos semanas después el reciente viudo abandonó el hogar para no regresar nunca.

Jantipa vivió sola hasta su muerte, trabajando en solitario, perdida en sus meditaciones y preocupaciones diarias, en el huertito en que sus padres habían laborado durante casi medio siglo.

FIN